

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

DICIEMBRE 1941

AÑO XII

BUENOS AIRES

1875

S U M A R I O

LA GUERRA EN AMÉRICA

VICTORIA OCAMPO
AMÉRICA INDIVISIBLE

CARLOS ALBERTO ERRO
1917 Y 1941

MARÍA ROSA OLIVER
*EL DÍA MARCADO EN LOS ANALES
DE LA INFAMIA*

JORGE LUIS BORGES
1941

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
EL JAPÓN Y LA TÉCNICA



LOUIS GILLET
RECUERDOS DE JAMES JOYCE

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
SOMBRAS

N O T A S

LOS LIBROS ☆ Henri Michaux: "Un bárbaro en Asia", por *Guillermo de Torre* ☆ H. G. Wells: "El destino del Homo Sapiens", por *Arturo Monfort* ☆ David García Bacca: "Filosofía de las ciencias"; J. C. Crowther: "Esquema del universo", por *José Babini* ☆ HOMENAJE A WINSTON CHURCHILL: Discursos de *Victoria Ocampo* y *María Rosa Oliver* ☆ CINEMATÓGRAFO ☆ J. L. B.: El Dr. Jekyll y Edward Hyde, transformados ☆ LAS REVISTAS por *M. V. P.* y *S. K.*

A M É R I C A I N D I V I S I B L E

En otoño de 1940 empezaron súbitamente a repetirse en la radio los nombres de Skager-Rak y Kattegat; ahora les toca el turno a Manila y Honolulu.

Las noticias de la fulminante agresión japonesa a Estados Unidos en el Pacífico (a nuestro continente, ya) mientras los enviados del Imperio del Sol Naciente discutían aún en Washington con los yanquis, me llegan esta vez al final de la primavera, mientras releo unas páginas de D. H. Lawrence que cobran un sabor nuevo: "Así, cuando estalló la guerra, todo su instinto estaba contra eso: contra la guerra. No sentía el más leve deseo de sojuzgar a hombres de otros países o de ayudar a su muerte. No, no sentía ningún deseo de desafiar a Alemania y exaltar a Inglaterra. La distinción entre alemán e inglés no era, para él, la distinción entre bueno y malo. Era la distinción entre flores acuáticas azules y flores de matorral, rojas o blancas: diferencia, nada más. La diferencia entre el jabalí y el oso. Y un hombre era bueno o malo de acuerdo con su naturaleza, no de acuerdo con su nacionalidad.

"Egbert era un hombre bien educado, y esto formaba parte de su inteligencia natural. Para él era simplemente antinatural odiar a una nación en bloque. Ciertos individuos le desagradaban y otros le agrada-

ban, y de la masa no sabía nada. Ciertos actos le desagradaban, ciertos actos le parecían naturales”.

Sí; lo que detestamos, en el fondo, es eso: el carácter, el “genio y figura” de ciertos individuos que pesan, hoy, sobre los destinos humanos (o que parecen ser instrumento de esos destinos) y la bajeza de ciertas acciones y ciertas conductas. No detestamos países, ni diferencias, por fundamentales que sean.

Lo que nos repugna es exactamente lo que acaban de hacer los japoneses; todo eso de que se jactan los buenos totalitarios, puesto que está de acuerdo con sus doctrinas, preceptos y métodos.

Lo que no podemos aceptar, ni remedar, es esa degradación del código moral del hombre, del standard moral del hombre, y que el culto de los héroes se transforme en el culto del crimen.

Para nosotros, como para el Egbert de D. H. Lawrence, la distinción entre los pueblos de Inglaterra y Alemania, de Estados Unidos y Japón, no es la distinción entre lo bueno y lo malo. Pero cierto modo de proceder y cierta clase de individuos, sea cual fuere su nacionalidad, son, para nosotros, de índole nefasta. Y entre esto sí se puede hacer la distinción de lo bueno y lo malo.

Y no nos repliquen que lo que nos parece saludable también tiene fallas. Ya lo hemos advertido: la falla está en nuestra propia naturaleza humana, tan incapaz de realizar *perfectamente* lo perfecto que se propone. Pero el deseo de acercarse a la perfección, o digamos más modestamente a la decencia, y el deliberado cinismo que busca el éxito por vías torcidas e ilícitas, son dos actitudes distintas que revelan un gran desnivel espiritual.

En el otoño de 1940 escribía yo desde Mar del Plata al oír por radio las noticias desconsoladoras de la invasión de Noruega y Dinamarca: “Este jardín no sería un lago si no estuviera rodeado por kilómetros y kilómetros de tierra americana, desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos. Este lago que me rodea es América”.

Hoy, América ha dejado de ser un lago.

Pero como no hay mal que por bien no venga, si es cierto que América ya no es un lago, es igualmente cierto que América, por primera vez desde que lo soñó Bolívar, empieza a sentirse indivisible, desde el estrecho de Behring hasta el Cabo de Hornos. Indivisible por sus raíces históricas y geográficas y por el papel que está llamada a representar en el mundo. Por su pasado y por su porvenir. Porque será el primer continente en que esta indivisibilidad se hará sentir, imperiosa. Porque éste será su aporte, su ejemplo para un mejor entendimiento de las relaciones entre países y hombres. Porque ésta será su gloria. Porque así como la Cordillera de los Andes y las Montañas Rocosas son una sola y misma cadena de montañas, todos los países de América han nacido en una sola y misma circunstancia y se han ido formando a través de los mismos sacrificios. Porque los americanos no deben tener más que *una* patria, como dijo y quiso Bolívar.

Es lo que siempre hemos deseado.

América lago de calma ya no existe, a pesar de los kilómetros y kilómetros que la separan de la hoguera.

Pero América es indivisible.

VICTORIA OCAMPO

1 9 1 7 Y 1 9 4 1

Cuando los partidarios del Eje discuten con quienes están en favor de las democracias sobre la posición que les corresponde adoptar a los argentinos ante el conflicto bélico en que ahora se halla envuelto el mundo, empiezan por reprocharles que razonan de acuerdo con sus preferencias emocionales o espirituales y no de acuerdo con el interés de la República. Plantean una cuestión de método, que la agudísima propaganda alemana se ha encargado de aclararles, y dicen, en resumen, más o menos esto: "En asuntos internacionales cada uno se siente inclinado a opinar como individuo y no como miembro de una nación; el primer impulso consiste en pensar por las simpatías ideológicas particulares y desde que existe el mundo ningún país ha hecho la guerra por simpatías ideológicas, (adviértase que no decimos por motivos religiosos). Todos los estados son y han sido igualmente realistas cuando se ha tratado de lanzarse a la lucha contra otros estados. En el momento en que la guerra estalla, se ven arrastrados tanto los que hasta ayer eran partidarios como los que eran adversarios del actual enemigo. Es, pues, absolutamente esencial que en estas materias se emplee el lenguaje del todo que es el del interés de la nación y se desdeñe el idioma de la parte que es el de las simpatías de cada uno".

Estas consideraciones son sólo parcialmente exactas y bajo su apariencia de sencillez y claridad encierran algunas confusiones. Es cierto

que todos los estados son y han sido igualmente realistas al lanzarse a la lucha contra otros estados; pero no es menos exacto que en toda guerra hay un agresor y un agredido y que a veces éste es inocente o bien puede ser la víctima de una terrible injusticia y, por lo mismo, no cabe medir con el mismo patrón la conducta de uno y de otro. Es indudable también que ningún país ha ido nunca a la guerra por simpatías ideológicas; pero no se puede negar que muchas veces en la guerra existe de por medio una cuestión ideológica fundamental, aunque ésta no sea el motivo determinante de la contienda, y así ocurre, evidentemente, en la presente guerra.

Con todo, he comenzado por hacerme eco de las consideraciones anteriores, porque despojadas de la parte de error que contienen, ayudan a plantear correctamente la cuestión, y porque he deseado situarme en la posición que hasta los que no opinan como nosotros consideran como punto de arranque legítimo para la dilucidación del problema.

Se trata entonces de analizar la actitud que nos corresponde tomar a raíz de la entrada en guerra de los Estados Unidos a la luz del interés argentino o sea de las conveniencias del país como ente político o como sujeto del derecho internacional público.

Ahora bien, ¿en qué consiste el interés argentino, prescindiendo de las cuestiones ideológicas implicadas en el actual conflicto? Creo que encontraremos una línea de coincidencia si contestamos que el interés argentino consiste en la *seguridad presente y futura de nuestra soberanía*. Sé que a muchos indignará y hará enrojecer de ira el que en momentos en que se juegan los valores humanos que más amamos, aquéllos que tornan adorable o detestable la vida, nosotros hagamos consistir el interés argentino exclusivamente en la seguridad de la nación ante las agresiones exteriores. No se me oculta que a otros les parecerá un planteo demasiado simple, porque el nuevo orden que se establezca después de

la guerra, se basará, por lo que alcanza a entenderse ahora, en la división del mundo en grupos económicos, y es de fundamental interés para la Argentina estar con aquellos que defiendan la futura división económica mundial que más le favorezca. Pero, a desgracia, deseamos tratar este asunto fríamente, sin recursos emotivos, buscando aquella zona neutral que nadie podría objetar como tema válido de una discusión.

Lo que más conviene a la seguridad presente y futura de nuestra soberanía es la seguridad de América contra la agresión de países de otros continentes, que es lo que procuran los pactos de Lima y La Habana. Esos pactos quieren decir, primariamente, colaboración de todos los países americanos en la defensa contra la agresión externa, cualquiera que sea el agredido; pero profundamente significan que estando rodeada de continentes superpoblados en relación a su capacidad productiva, América necesita organizar su defensa continental, porque ése es el único camino para que tarde o temprano la necesidad o la codicia extranjera no nos avasalle.

La raíz del actual conflicto bélico mundial está en que Alemania, Italia y Japón son países superpoblados, sin colonias o con colonias insuficientes, que quieren resolver por la vía de la expansión territorial su problema demográfico y económico, habiendo desechado el procedimiento pacífico de la emigración de parte de sus hombres a países poco poblados. Y ese problema no lo resolverán sino a medias —he aquí el punto esencial de toda la cuestión— con conquistas en Europa, en Asia o en África, donde la población es ya abundante comparativamente con los recursos naturales. Siempre quedará América, y sobre todo Sud América, como insuperable presa para una solución total por la vía de la fuerza. Ésta es la razón de la política panamericanista, razón substancial y poderosísima.

El deber del país es claro de acuerdo con el derecho internacional,

y es más diáfano aún a la luz de la magnífica tradición de la Argentina que siempre ha respetado su firma. Hay un solo camino digno de nuestro honor y de nuestra tradición y leal con las conveniencias argentinas: ejecutar la política panamericanista, establecida en los Acuerdos, en resguardo de los intereses comunes de América.

Recordamos, para los escépticos, la reciprocidad de las obligaciones emergentes del pacto. Si en vez de haber sido agredidos los Estados Unidos, hubiera sido atacada la Argentina, y el pacto hubiera funcionado para asegurar la colaboración de los demás países americanos en nuestra propia defensa, ¿dudaría alguien de las ventajas de un acuerdo internacional de ese linaje?

El pacto persigue la seguridad de América, su defensa ante la agresión externa, y la medida de nuestra colaboración en ese sentido dependerá de las necesidades que para tal fin cree la marcha de los acontecimientos. Creo que la actitud que hemos adoptado es la que corresponde hasta este momento y que en el futuro deberemos mantener, de acuerdo con los hechos que se produzcan, la lógica que ella lleva implícita.

Al hablar de mantener la lógica que nuestra actitud inicial implica, me refiero a la aplicación posible de sus consecuencias, si el cariz de los sucesos así lo requiriese, para determinar la magnitud de nuestra participación efectiva en la defensa continental, y no a las declaraciones líricas en el terreno de las palabras. La declaración de guerra, por ejemplo, que no va acompañada por el concurso de sangre, no prestigia a ningún país. Se parece mucho más al sonido falso de la opereta que al clarín de la batalla. Nada más alejado del heroísmo que su caricatura.

Las transformaciones políticas y técnicas del mundo desde 1914 hasta nuestros días son demasiado grandes como para que pueda razonarse rectamente por vía de comparaciones con lo que fué acertado y

oportuno entonces. Se dice, verbigracia, que ahora también debemos permanecer neutrales porque así lo hicimos en la guerra pasada, no obstante la intervención de Estados Unidos, y esa actitud sería nos granjeó gran respeto y acrecentó nuestro prestigio internacional. La política exterior del presidente Irigoyen, que fué sabia en su época, tuvo hondo arraigo en nuestro pueblo y se fué agrandando y fortificando con el tiempo, a medida que se ponían en evidencia los errores del tratado de Versailles.

Sin embargo, repetimos que no sería juicioso hablar en este momento por lo que ocurrió en la guerra pasada. En 1917 los aviones tenían una autonomía de vuelo de 500 kilómetros y una capacidad de carga de 400 kilos; hoy pueden recorrer sin detenerse hasta dos y tres mil kilómetros y transportar varias toneladas. El mundo se ha achicado en la misma medida en que las armas y los medios de transporte han multiplicado su potencia. En 1917 la guerra tenía su centro en Europa y desprendimientos en algún otro continente; ahora, en cambio, se ha extendido a todos, y Hitler acaba de decir que con ella se juega la suerte del mundo por 500 o 1000 años. En 1917 existía un relativo equilibrio de fuerzas en Europa; hoy el equilibrio se ha roto y una sola nación domina casi todo el continente. (La concepción del nuevo orden europeo ha sido reemplazada a estas horas por la doctrina del nuevo orden mundial, en el que entrarían todos los países, beligerantes o no; de ahí que no pase de ser una ilusión la creencia de que la neutralidad nos pondría a cubierto de sufrir efectos o consecuencias directos de la guerra). Ayer el panamericanismo se encontraba en proyecto; en el presente se ha concretado en los pactos de Lima y Cuba. En 1917 Estados Unidos le declaró la guerra a Alemania; en 1941 Estados Unidos fué agredida por el Japón. 1917 fué un año de transición; 1941 es un año crucial.

Y ahora, hablando de lo que me es personal, quiero decir que estoy de corazón con los Estados Unidos y deseo el triunfo de sus armas porque siento la comunidad de destino, visible y posible, de todo nuestro continente; porque de ello depende que en América y en buena parte del mundo pueda seguirse viviendo fuera de la ortodoxia absurda del hitlerismo, que tiene una oposición de "naturaleza y de esencia, radical e insuperable", con la doctrina de Cristo y con los atributos de la persona humana; porque, en fin, sólo así conservaremos libertad para perfeccionar las formas políticas y el orden social y profesar y hacer valer nuestros ideales y nuestras esperanzas.

Bien sabemos que ya no se puede considerar a esta guerra como un conflicto entre el totalitarismo y las democracias. Para considerarla así habrá que olvidarse del papel fundamental que está desempeñando en la lucha, junto a las democracias, un país totalitario como es Rusia, cuyos planes para el futuro del mundo serán lógicamente diferentes de los de Gran Bretaña y Estados Unidos. Cuando se trata de mandar a los hombres a arriesgar su vida en la tierra, en el aire o en el mar, los estadistas les hablan en nombre de grandes ideales. Van a la lucha a defender los más altos bienes humanos. Aunque ello sea cierto muchas veces, hay que recordar que las guerras ejercen una función creadora para el bien o para el mal, importan siempre un gran alumbramiento, y los hombres que participan en ellas juegan su vida para defender algo que la misma guerra necesariamente modificará. De ahí que nunca se sepa bien por qué se muere en la guerra, porque la realidad del mañana se oculta todavía entre la bruma. Sólo cabe decir que se muere para crear una realidad nueva y con fe en que será mejor que la realidad presente. Tiene este acto todos los rasgos de la fe; es cabalmente una conducta religiosa la del buen soldado.

Éste que cada día ensancha sus llamas, es también un conflicto mucho más profundo que el que nacería del antagonismo de las formas

políticas. Están en pugna valores morales y religiosos. Es la causa del espíritu entero la que se juega por una realidad que no conocemos aún. Y con ello sobra para decir que la lucha contra el hitlerismo y sus satélites tiene tanta o más trascendencia que cualquier otra contienda internacional que se haya trabado en la tierra.

CARLOS ALBERTO ERRO

EL DIA MARCADO EN LOS ANALES DE LA INFAMIA

"Ayer, 7 de diciembre de 1941, que pasará a la historia como fecha infamante..."

F. D. ROOSEVELT

Hay horas en que uno olvida el dolor del mundo. Una de esas horas fué para mí la de la siesta del 7 de diciembre pasado. Era un domingo de calor gris, con ruido de chicharras, arrullo de torcazas y canto de benteveos. Era uno de esos días en que nuestra tierra parece más americana, más criolla, más austral que nunca y, por lo mismo, más lejana de Europa. Tan lejana, que ese día, en la casa fresca oliendo a magnolia y a piso encerado, la frase vieja de seis años, la frase que durante meses venía repitiendo casi semanalmente: *la paz como la guerra son hoy indivisibles*, me parecía un poco mecánica. La había dicho tanto que, si no mi cabeza, por lo menos mi sangre y mis nervios comenzaban a dudar de ella.

Al terminar la siesta, alguien anuncia: "los japoneses y los norteamericanos están en guerra". Me cuesta creerlo, pero la radio confirma la noticia repitiendo con voces diversas que los japoneses, sin previo aviso, están bombardeando la isla de Guam. América, pues, ha sido atacada. Antes que mi memoria recuerde lo de la paz indivisible, un escalofrío ha corrido por mi cuerpo. Antes de pensar que quienes eso repetíamos hemos tenido terriblemente razón, mis ojos se han humedecido. ¡América, *mi* América está en peligro!

¿Es por estos dos pedazos de tierra, que veo dibujarse en mi mente

como dos racimos jugosos, por lo que tanto temo? — me pregunto a mí misma—. ¿O es el miedo a que los estampidos, viniendo desde el Atlántico, puedan ahogar dentro de poco el canto de los benteveos o el arrullo de las torcazas? ¿Y por qué el prefijo posesivo, que tan poco admito en general, cobra ahora tanta importancia al aplicarlo a mi América? ¿No podría de igual manera decir *mi* Europa?

Con la vista fija en el dial pienso que lo que me lleva a anteponer el prefijo posesivo al pensar en América no depende de la tierra en que he nacido ni de la cultura en que me he formado. Depende de algo por lo cual temo más que por la integridad del suelo continental, de algo que vale más que todos los cantos: depende del destino común de veintiún naciones surgidas a la vida bajo el signo de la libertad.

Esa palabra, que los hombres quieren más que la palabra amor, adquirió en América una amplitud geográfica. Resonó de uno a otro polo. Sopló sobre las inmensas llanuras desiertas, remontó y descendió ríos con anchura de mares. Fué del Este al Oeste, despertando ecos en la cordillera andina y en la rocosa. Se extendió por la costa del Pacífico, dándole a este océano una orilla clara, limpia de oscurantismo, de castas, de opresiones.

Y nosotros, los americanos, crecimos respirando el aire de esa libertad. De ella, siempre de ella, nos hablaban los manuales escolares. Nuestras Constituciones la tenían por base. A ella se referían las imágenes de nuestros escudos. Nuestros himnos la cantaban, y todas nuestras banderas —donde el color negro está ausente— con su azul de firmamento, sus estrellas y sus soles, evocaban lo que más se parece a la libertad: el espacio infinito.

Hubo desgraciadamente en América algunas guerras de anexión, pero nadie se atrevió a elogiarlas, y si algunos generales pelearon contra los indios, nunca se glorificaron mayormente esas campañas. Porque el americano de hoy, hasta el de origen netamente europeo, está con el indígena en la guerra del conquistador blanco contra aquél. Tan fuerte es su sentido de la libertad y tan intenso su americanismo. Y esto nada

tiene que ver con la falsa teoría de la indoamérica, ni con el atrapa-tontos del racismo, ni con la burlesca xenofobia. Es la natural repugnancia que siente todo ser digno hacia cualquier avasallamiento.

De ahí que pese a contumaces feudalismos, a intermitentes y carnavalescas dictaduras, a tenaces injusticias y a intempestivas arbitrariedades, ningún gobernante de América se atrevió nunca a negar abiertamente la libertad. No podía negarla sin negar a América misma, sin vaciarla de su contenido, sin falsear su esencia, sin quebrar su destino.

Todo ello lo sabemos y lo sentimos con la misma fuerza millones de seres que hablamos distintos idiomas, profesamos distintos credos, pertenecemos a distintas razas y vivimos dispersos en treinta y ocho millones de kilómetros cuadrados. Es esa unidad, basada en el espíritu de libertad, la que hace que cada uno de nosotros, al pensar en nuestro continente, diga *mi* América.

“La escuadra nipona está bombardeando Puerto Perla”, repiten ahora las voces de la radio. Qué importa que esa base marítima no esté en tierra americana: los que niegan la libertad están forzando, allí, la puerta de América. Esto basta para que junto a miles de radios, diseminadas en millones de kilómetros, cada hombre y cada mujer de América tome ese día la resolución de impedir que eso suceda.

“Puerto Perla, de tan dulce nombre, tus aguas ya han de estar tiñéndose de rojo” — pienso mientras miro nuestro Río, rosado por el sol poniente; mientras, recordando la infancia, los libros escolares y la transformación que del concepto de patria se operó en mí, he ido encontrando contestación a mis tácitas preguntas. Y a la angustia de los primeros momentos sucede un intenso anhelo: que América toda se solidarice ante el ataque; que ningún país, en ella, permanezca impasible; que en vez de quebrar su destino, todos contribuyamos para que aquél se cumpla.

Al día siguiente, de nuevo junto a la radio, espero las respuestas de los distintos gobiernos americanos. Cuando ya en el cielo violeta

aparece la Cruz del Sur, oigo la del nuestro. Si en lugar de la voz de los gobiernos se hubiese oído la voz de los pueblos, todas las respuestas hubieran tenido la misma intensidad, la misma firmeza. Habrá un mañana en que inevitable y afortunadamente las tendrán.

En la noche apacible, la luna sube del Río. Pienso que el derecho a poder gozar de esta paz algún día, sin remordimientos, nos lo están defendiendo lejos, muy lejos; en las estepas glaciales, en el desierto africano, sobre las costas del Canal de la Mancha, frente a las islas malayas, y en todos los mares, porque lo de la guerra indivisible es terriblemente cierto y porque hay algo más grande que nuestra América: la humanidad.

La humanidad, que algunos quieren disminuir parcelándola en Germanidad, Latinidad, Hispanidad y hasta, tergiversando el término, en Cristiandad. Pero esta América nuestra sacará justamente su fuerza del hecho de haber sido un mundo de síntesis; del hecho de haber ya constituido una especie de anticipo de lo que podrá cumplir la humanidad cuando libre de prejuicios, de odios y de ambiciones desorbitadas, sea verdaderamente universal.

MARÍA ROSA OLIVER

La noción de un atroz *complot* de Alemania para conquistar y oprimir todos los países del atlas, es (me apresuro a confesarlo) de una irreparable banalidad. Parece una invención de Maurice Leblanc, de Mr. Phillips Oppenheim o de Baldur von Schirach. Es notoriamente anacrónica: tiene el inconfundible sabor de 1914. Adolece de penuria imaginativa, de gigantismo, de crasa inverosimilitud. La circunstancia de que en esa fábula desdichada los alemanes cuentan con la complicidad lateral de los oblicuos japoneses y de los dóciles y pérfidos italianos la hace aún más ridícula... Desgraciadamente, la realidad carece de escrúpulos literarios. Se permite todas las libertades, incluso la de coincidir con Maurice Leblanc. Nada le falta, ni siquiera la más pura indignancia. Es tan versátil que también es monótona. Dos siglos después de la publicación de las ironías de Voltaire y de Swift, nuestros ojos atónitos han mirado el Congreso Eucarístico; hombres ya fulminados por Juvenal rigen los destinos del mundo. No importa que seamos lectores de Russell, de Proust y de Henry James: estamos en el mundo rudimental del esclavo Esopo y del cacofónico Marinetti. Destino paradójico el nuestro.

Le vrai peut quelque fois n'être pas vraisemblable; lo inverosímil, lo verdadero, lo indiscutible, es que los directores del Tercer Reich procuran el imperio universal, la conquista del orbe. No haré enumeración de los países que han agredido ya y expoliado; no quiero que esta página sea infinita. Ayer los germanófilos perjuraban que el difamado Hitler

ni siquiera soñaba en atacar este continente; ahora justifican y adulan su novísima hostilidad. Han aplaudido la invasión de Noruega y de Grecia, de las Repúblicas Soviéticas y de Holanda; no sé qué júbilos elaborarán para el día en que a nuestras ciudades y a nuestras costas les sea deparado el incendio. Es infantil impacientarse; la misericordia de Hitler es ecuménica; en breve (si no lo estorban los vendepatrias y los judíos) gozaremos de todos los beneficios de la tortura, de la sodomía, del estupro y de las ejecuciones en masa. ¿No abunda en nuestras llanuras el *Lebensraum*, materia ilimitada y preciosa? Alguien, para frustrar nuestras esperanzas, observa que estamos lejísimos. Le respondo que siempre las colonias distan de la metrópoli; el Congo Belga no es lindero de Bélgica.

JORGE LUIS BORGES

EL JAPÓN Y LA TÉCNICA

Uno de los escándalos más grandes de nuestra época lo constituye la insubordinación de la técnica con respecto a la cultura, insubordinación que muchas veces asume proporciones de reversión total, ya que la técnica pretende convertir a la cultura en un simple soporte de sus necesidades. No creo estar descubriendo nada nuevo; pero conviene que una vez más reflexionemos sobre las proyecciones terribles de este fenómeno.

Nunca hasta nuestros días —dando a estos “días” una elasticidad que pueda abarcar dos o tres centurias— había sucedido nada semejante. Cada tipo de cultura producía una técnica adecuada a sus necesidades de expresión, o como resultado de sus vivencias ya superadas. La técnica era, así, como la sombra que la cultura proyectaba sobre el terreno de la práctica: en ella se dibujaba su propio perfil, con sus limitaciones y finuras.

Pero nuestra cultura, la grecolatina, tiene un aprendiz de brujo, que cuando trabaja bajo su comando produce cosas admirables, y, cuando se independiza, crea monstruos y desencadena catástrofes. Ese aprendiz de brujo se llama el Método Experimental.

El Método Experimental, regido por la cultura, nos ha permitido indagar asombrosos secretos de la Naturaleza; nos ha revelado maravillas que el mejor dotado de los espíritus imaginativos no hubiera sospechado jamás; hoy nos deja entrever la posibilidad remotísima, pero no inasequible, de un esquema —casi místico a fuerza de sutileza— que abarque toda la Realidad.

Pero ese mismo Método Experimental, magnífico instrumento en manos bien intencionadas, no pierde su eficacia pragmática —tal vez la acrecienta— cuando lo manejan espíritus aviesos, o simplemente indiferentes a los problemas fundamentales del hombre.

La Técnica que resulta de ese funcionamiento ya puramente mecánico del Método Experimental, tiene que acusar por lógica un fuerte sentido de inhumanidad. Sus creaciones se vuelven demoníacas, destructoras en un grado siempre creciente, y espantosas en el sentido en que lo serían para nosotros los monstruos de las pretéritas épocas geológicas. Pensemos en un tanque pesado en acción.

Naturalmente que, a la larga, la técnica no puede nutrirse sino de valores culturales. El resorte maestro del Método Experimental es el Espíritu de Investigación, que es inseparable de la cultura y de su clima: la libertad. Si concibiéramos un mundo moderno del que se eliminara por completo el sentido de libertad, regido por el simple cientificismo derivado de un funcionamiento mecánico del Método Experimental (en síntesis: un mundo nazi), veríamos que éste, durante cierto lapso, continuaría funcionando por los valores culturales previamente asimilados, tal como un organismo subsiste algún tiempo sin alimentos a expensas de sus materiales de reserva; pero luego sus actividades declinarían visiblemente hasta terminar en un marasmo completo: en la simple barbarie primitiva.

Pero puede suceder otra cosa a la que ya la Naturaleza, con sus viejas mañas, está habituada. Pensemos, por ejemplo, en las vitaminas, indispensables para el organismo animal, y que sin embargo éste no produce: las toma y fija en sus órganos, sacándolas de los vegetales. Así podemos comprender la supervivencia de una técnica desligada casi por completo de la cultura que la originó, y mantenida con dosis mínimas de ella, suministradas sin la menor preocupación espiritual, sólo como quien lubrica un mecanismo para mantener su eficacia.

Tal es el caso del Japón.

¡Cómo deben de haberse reído los japoneses cien por cien cada vez que oían hablar a los occidentales de su supuesta “europeización”, o de su “americanización”, más inconcebible aun! Los japoneses ensayaron un juego que la humanidad pagará muy caro, aunque no tanto como los mismos japoneses. Han pretendido no renunciar a su cultura característica, pero sí desdeñar la técnica que ella produce por no considerarla bastante “eficaz”, reemplazándola por la técnica occidental, y a la vez menospreciando —no podemos juzgar hasta qué punto con razón— la cultura de donde deriva.

La vida japonesa se ha convertido así en un monstruo ambiguo, sin la nobleza del centauro o la sirena: un ser de pesadilla, mitad hombre, mitad hormiga, con la eficiencia de producción —y de destrucción— de ésta y con la capacidad de ensueño y odio de aquél.

Japón mantiene viva en su seno a la técnica occidental, por procedimientos análogos a los de Alexis Carrel para perpetuar la vitalidad de un tejido del corazón de un pollo, sin el pollo. Especie de fabuloso cáncer independizado de todo ser. De ahí la reconocida incapacidad de invención, la necesidad del continuo plagio de que se acusa a los técnicos japoneses. No es que los nipones carezcan de inventiva: su finísima cultura secular nos prueba todo lo contrario; es que no existe una intercomunicación entre las fuentes nutricias de su ser cultural y la superestructura postiza de una técnica ajena. Pretender que los japoneses sean creadores en el campo de nuestra técnica es como esperar que crezca el pelo en la piel del abrigo que llevamos puesto.

Japón demuestra al absurdo la imposibilidad de una técnica independiente del sistema cultural que la produjo. Y algo más tremendo aún: el carácter demoníaco de la ciencia pura. En su ejemplo los occidentales debemos aprender la lección y no olvidarla.

Por eso los nazis nos producen un efecto de simple y cortante brutalidad, de barbarie, mejor dicho. Los nazis actúan sobre uno de los pueblos más intensamente trabajados por la cultura occidental, y van directa-

mente en *contra* de ella; son sus enemigos naturales; pretenden reducir toda la ciencia a una máquina productora de “eficacias”.

Los japoneses, en cambio, nos escalofrían como seres de otro planeta que invadieran al nuestro. Nuestra técnica adquiere en sus manos un sentido insospechado: no reconocemos nuestros propios utensilios; los vemos un poco como a los trípodes de los marcianos soñados por Wells. No es la brutalidad su característica, sino una insidiosa frialdad, como si entre ellos y nosotros se extendieran, infranqueables, los fríos despiadados de los espacios interestelares. No van *contra* nuestra cultura: procuran pasarse sin ella, y, en todo caso, reducirla, aclimatarla a sus elementales necesidades caseras, cortándole sistemáticamente sus raíces, tal como hacen con las plantas de sus jardines enanos. No son sus enemigos natos: procuran hacer de la cultura un caldo de cultivo, o algo así como una incubadora regulable según sus designios.

Comprenderíamos a los japoneses con su propia cultura y con la técnica a ella adecuada, tal como sentimos simpatía hacia los chinos, esos habitantes de la eternidad, o hacia Gandhi, que espira con la máxima clarividencia a la identidad de que estoy hablando. Comprenderíamos también a los japoneses si se hubieran propuesto seriamente occidentalizarse con todas sus consecuencias. Pero ahora no podemos entenderlos y —lo que es más patético— a la larga no se entenderán tampoco ellos mismos, porque como aceptan solamente la parte externa, la parte ya vivida de nuestra cultura (y eso es la técnica: un despojo vital) sin renunciar a su modalidad propia, han herido de muerte a ésta al tratar de injertarle algo ya caduco; han asesinado su propia esencia humana. Y están como prisioneros dentro de la férrea coraza tecnológica que se sirve de ellos como de esclavos irredimibles: se han convertido en instrumentos de los Instrumentos. Tal vez no sea del todo casual que su primer zarpazo fuera contra China, su hermana en cultura, y el segundo contra los Estados Unidos, patria del pragmatismo, supremos perfeccionadores de la Técnica occidental.

Si el Espíritu de la especie debe sobrevivir, chinos y americanos tendremos que agradecer algún día la horrenda pero saludable lección que nos dieron los japoneses al mostrarnos la faz abominable de lo Mecánico independizado de su Espíritu.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

RECUERDOS DE JAMES JOYCE

Yo había cometido el error de emprender, sin preparación suficiente, el viaje de Ulises. *Ulysses* no se deja abordar como un libro cualquiera. El primer contacto repele. Yo no tenía la clave. No sabía nada del autor. De sus otras obras no había leído más que *Retrato del artista adolescente*, en una traducción mediocre, bajo el título de *Dedalus*. No conocía ni *Dubliners*, ni *Chamber Music*, ni *Exiles*, ni el admirable estudio de Valéry-Larbaud reproducido, a modo de prefacio, en la versión francesa de *Gente de Dublín*. Como se ve, todo me faltaba. Sin embargo, cuando cinco o seis años más tarde me encontré con Joyce, éste no parecía guardarme demasiado rencor por mi mala pasada. Vió que yo estaba mal informado, pero que no había en mí hostilidad preconcebida.

Más tarde he frecuentado la casa de la amable Sylvia Beach, esa mujer generosa que ha hecho tanto por la gloria de Joyce en su encantadora librería de la rue de l'Odéon, "Shakespeare and Company", frente al "Navire d'Argent", de Adrienne Monnier; leí el precioso librito de E. R. Curtius y muchos otros cuyos nombres olvido, que no me han sido menos útiles. La bibliografía de Joyce es inmensa. ¿Se toma, al volver de un viaje, la guía del país recorrido? Yo me iniciaba, me cultivaba. Había escrito demasiado a prisa. Volví a estudiar. No he escatimado mi tiempo. Joyce me habrá ocupado unos quince años: casi todo el intervalo que ha separado las dos guerras y que él mismo empleó en escribir la nueva obra que llamábamos *Work in Progress* y que debía ser *Finnegans Wake*.

Todos mis estudios sobre Joyce han aparecido en la "Revue des Deux Mondes" donde yo, aunque indigno de ello y muy a mi pesar, había recogido la pluma de mi querido Théodore de Wyzewa. Si Joyce me quería bien era porque le halagaba, estoy persuadido de ello, que se ocuparan de él en esa grave casa. Y cuando pienso que allí estaba prohibido por las leyes nombrar a Gide y a Proust, todavía me asombro de haber tenido el derecho de osar lo que me atreví a decir de Joyce; era una bomba en el Sanctasanctórum. El director sabía poco de los autores extranjeros. A esta circunstancia debo el haber tenido carta blanca. El segundo estudio corrige al primero. Esta retractación tuvo la suerte de encontrar muy buena acogida entre los amigos de Joyce. Fué reproducida en *Transition*, la revista de Eugène Jolas, que era el boletín oficial de la nueva escuela. El tercero, que apareció quince días antes de la muerte de Joyce, fué una de las últimas alegrías que éste tuvo en su vida.

En 1929, la ilustre "Revue" celebra su centenario con una exposición que se realiza en París en casa de mi amigo Jean Charpentier. Me encargué de organizarla. Este trabajo me entretuvo mucho. Me di el gusto de mostrar allí, entre los autógrafos de los colaboradores, una carta de Sir Edmund Gosse, el célebre crítico del "Times" que colaboraba de cuando en cuando en la casa. Había consultado a este aristarco para iluminar mi religión y le había preguntado lo que pensaba de *Ulysses*. Más me hubiera valido dirigirme a otra parte; a Arnold Bennett, por ejemplo, o al poeta T. S. Eliot. Sea como fuere, la carta llamó la atención. Un aficionado copió la parte expuesta, que fué publicada varias veces. El resto estaba oculto en el dorso de la hoja. Doy aquí el texto completo. Es una prueba que incluyo en el expediente del proceso. Le agrego una carta inédita de George Moore. Estos dos documentos divertirán a los curiosos de historia literaria. Hacía mucho tiempo que tenía la tentación de divulgarlos. Había tenido el propósito de hacerlo en una velada en el Café de la Rotonde, organizada por los "Amis de 1914", donde hablaron Léon-Paul Fargue y la honorable Daysy

Fellows. Me abstuve por escrúpulo, a última hora, y Joyce, a quien enseñé el borrador de mi discurso, aprobó mi reserva. Hoy ya no tiene razón de ser.

He aquí la traducción de la carta de Edmund Gosse:

17 Hanover Terrace
Regent's Park N. W. I.
Junio 7 de 1924.

“Estimado señor Gillet:

“Me disgustaría que hiciera usted al señor Joyce el honor de consagrarle un artículo en la “Revue des Deux Mondes”. Lo único que podría hacer es demostrar que estas obras desvergonzadas no valen nada, y sería un error concederles tanta atención. Me cuesta decirle, *por escrito*, la clase de reputación que se ha ganado el señor Joyce. Por una parte es un éxito político; por la otra es una especulación cínica sobre la inmoralidad pura. Es indudable que no se le puede negar cierto talento, pero es un charlatán de la especie más descarada. Su obra principal, *Ulysses*, es un libro que no sabría con qué comparar en francés. Una elucubración de anarquista, una infamia en lo que a gusto y estilo se refiere; total: una basura.

“El señor Joyce es un autor prohibido por la policía en Inglaterra, a causa de su obscenidad. Por eso imprime en París una edición de tirada limitada para amateurs, lo que le permite vender su libro a precios exorbitantes. Es, si usted quiere, una especie de Sade, no tan buen escritor como el divino marqués. Es el tipo perfecto del irlandés embrollón, antinglés, más que sospechoso de germanofilia; vivía en Alemania antes de la guerra y durante la guerra se retiró a Zurich.

“No hay en Inglaterra ningún crítico de peso o de cierto juicio que otorgue al señor Joyce la menor importancia. Me dice usted que en París se hace mucho ruido alrededor de este autor; tal cosa ocurre, sin duda, en ambientes donde no se está muy al tanto de las letras y del idioma ingleses. No carece de talento, lo repito, pero ha prostituído su talento en los más bajos menesteres.

“Créame que personalmente no tengo nada contra él. No he visto nunca

al señor Joyce, y antes de la guerra he ayudado a mantenerlo cuando estaba necesitado. La opinión que le expreso es puramente literaria”.

Esta carta furiosa, más que un juicio era una diatriba, y una diatriba bastante páfida: ¡Político Joyce! Él, el menos político de los hombres. ¡Obsceno el autor de ese libro austero! ¡Germanófilo! ¡Vamos! Sin un céntimo, vivía de las lecciones de inglés que daba en una “Berlitz School” de Trieste. Es verdad que acababa de terminar la guerra; la rebelión bramaba en Irlanda y agitaba los nervios de Inglaterra. Dejo pasar los otros reproches, tan bien fundados como los que acabo de mencionar. Yo hubiera debido saber que, pasada cierta edad, ya no se lee, y es entonces, precisamente, cuando se llega a ser un oráculo. Tuve por lo menos el mérito de no escuchar al oráculo y esforzarme por ser justo.

Doy ahora la carta de Georges Moore y pido perdón por los elogios que en ella me prodiga: nadie se engañará con estos rodeos.

121 Ebury Street, S. W. I.

Agosto 20 de 1931.

“Mi estimado señor Gillet:

“Ha sido usted muy amable al enviarme el artículo sobre Joyce. Me place, a mi vez, felicitarle por él; parecería, por lo matizado, de Sainte-Beuve. Me deja usted confundido de admiración¹ ante la suma de pensamiento que ha puesto en ese trabajo. Y vaya si había que pensar y reflexionar y leer y volver a leer para llegar a desentrañar esta metafísica. Digo metafísica porque el libro de Joyce no tiene nada que ver con el arte; y como tampoco es ciencia, concluyo que debe ser metafísica. El arte se dirige a la vista y no al pensamiento. Para el pensamiento la vida no es más que el sueño de una sombra: nuestras acciones nacen, sin embargo, de la convicción de que somos mucho más que una sombra. Diga lo que diga Joyce, se seguirá escribiendo la historia². Por temperamento

¹ Se nota que el autor se burla de mí.

² Joyce, imbuído de la *Scienza nuova*, pretendía en efecto que nada ocurre, que todo se repite; es la negación de la historia.

yo soy un artista, es decir alguien para quien las apariencias existen; para el metafísico todo se reduce a una vana ilusión, que es, a lo más, el reflejo pálido (¡oh, tan pálido!) de una concepción moral. Joyce es exactamente lo contrario de lo que yo soy. Para él, nada de apariencias, nada de mundo exterior; sólo hay silogismo. No estoy muy seguro de lo que se entiende por silogismo, pero creo que me hago comprender. Joyce ha pasado estos últimos tiempos en Inglaterra. Ha recobrado un poco la vista y perdido la palabra. Había oído decir siempre en Dublín que era un charlatán incansable. Ahora está mudo como una carpa. Ha comido dos veces conmigo, y tuve que hacer todo el gasto de la conversación; resulta cansador para uno solo... Le pedí que me explicara su libro: ¿Qué se ha adelantado cuando se asocian los hechos menudos y los gestos de Bloom con los actos de Ulises? ¿Qué agregan esas reminiscencias al interés o al propósito del libro? Me ha respondido secamente: "Veo que estoy en el banquillo". Le pedí disculpas¹. Al día siguiente recibía un largo alegato que explicaba todos los misterios de *Ulysses*; me enteré que, cuando Bloom fuma un cigarro, se invita al lector a recordar cómo el héroe griego pincha el ojo del Cíclope con la punta de una espina de roble endurecida al fuego. Escribí al autor diciéndole que yo me había tenido hasta entonces por un buen juez en materia de arte, pero que no lograba descubrir el alcance literario buscado en una analogía entre el cigarro de Bloom y la espina ardiente del héroe fugitivo. Es preciso —agregaba— que uno de nosotros tenga un vacío en alguna parte del cerebro. ¿Cuál de los dos? No soy yo quien debe decidirlo".

La carta terminaba con un rímero de alabanzas a propósito de mi manera de caracterizar "el nuevo idioma, enteramente de su cosecha", al que Joyce había juzgado útil recurrir en su nueva obra.

¹ Encuentro, con fecha del 26 de septiembre de 1926, otro fragmento de carta que se refiere a este viaje: "Estoy leyendo *Ulysses* en francés; Joyce me ha pedido permiso para mandarme un ejemplar de su libro; he dicho que sí y me ha traído en seguida la traducción. "Pero mi querido Joyce —le dije—, yo sé el inglés". Entonces se dibujó en sus labios una sonrisa vacilante que me recordó la Gioconda".

Había, de una y otra parte, en esos dos irlandeses compatriotas y rivales, pertenecientes a dos generaciones distintas, un aspecto de deferencia y de cortesía oficiales, y un aspecto de hostilidad callada. Los dos se habían emancipado del movimiento nacionalista del Despertar Irlandés, que tuvo por musa a Lady Gregory hacia 1900, en la época de la guerra de los Boers, pero Joyce se había liberado mucho antes, si es que alguna vez tomó parte en él. Sus ambiciones, desde el comienzo, fueron mucho más altas que las de una escuela local. No tendía a nada menos que a un lugar de primera fila en la literatura universal.

Es indudable que George Moore se ha mostrado en esta ocasión mucho mejor crítico que el crítico de profesión; va derecho al grano. Con su aspecto de mosquita muerta ha visto perfectamente que *Ulysses* no era una novela corriente. No es un relato ni una narración de hechos, ni un cuento (lo cual debía escandalizar al gran cuentista del *Lago*, para el cual, como para La Fontaine, todo el arte consistía en contar bien); no es un estudio moral, ni social, ni psicológico; está tan lejos de Balzac como de Dickens o de Meredith, de Stevenson o de Kipling como de Bourget o de Marcel Proust. Es una visión general del hombre, casi un sistema del universo (creo que la palabra "sistema" es la que se debiera poner en el texto de Moore, en lugar de "silogismo"), lo que los alemanes llaman un *Weltgedicht*", una "*Weltanschauung*". Nada más alejado, como se ve, de una anécdota o de una historia. Es un libro tal como sería un *Fausto* realista y burlesco, una *Divina Comedia*, un *Orlando Furioso*, un libro que combinara las dos grandes fases del genio de Flaubert, *Bouvard et Pécuchet* y la *Tentation de Saint-Antoine*. No es obra del acaso que el capítulo central (el tercer libro de lo que se llama, en *Ulysses*, la *Telemaquia*) esté ocupado por una larga meditación sobre *Hamlet*, la obra de los monólogos, o más bien el inmenso monólogo, el soliloquio ininterrumpido). "Se pasea, leyendo un libro de él mismo", dice Stéphane Mallarmé del héroe de Shakespeare. *Ulysses* no es más que una construcción del mismo género. Joyce ha emprendido, sobre un tema de Homero, el mismo trabajo que ha ejecutado Shakespeare sobre la vieja leyenda danesa, que renueva las de Orestes y Bruto. Compite, bajo modernas vestiduras, con la *Odisea* y con Shakespeare; como el Manet del "Almuerzo en la hierba", utiliza, para confusión de los pedantes, motivos de Giorgione y de Rafael. En resumen; yo tomaba este libro insólito por una novela, y era un poema; "*my epic*", "mi epopeya", Joyce no lo llamaba de otra manera. Esta palabra me ilumina; había develado, un poco tarde sin duda, el secreto del libro. ¿Soy culpable quizá de no haberlo adivinado?

Le escribí para Navidad: "Hasta pronto". Debía irme a Ginebra a visitar la Cruz Roja. El viaje se realizó sin mí. No pude partir sino un mes después. Y Joyce murió el 13 de enero.

Llegué a Zurich el domingo siguiente. Era de noche, una lúgubre noche de deshielo, de lluvia y de escarcha. En la colina boscosa, detrás de la ciudad, encontré fácilmente la casa del doctor Giedion. Giorgio, el hijo del escritor, me hizo el relato de los últimos momentos. Durante la noche del viernes, Joyce despertó con un dolor feroz. Le transportaron al sanatorio. La radiografía descubre una úlcera de estómago. Cosa curiosa, nunca se había sospechado nada. No era éste su primer ataque, pero se creyó que se trataba de calambres de origen nervioso. La enfermedad parecía benigna. Se veía que Joyce comía sin apetito, que hacía como si tomara algo y luego rechazaba el plato con un gesto de repugnancia: no soportaba casi ningún alimento. Se le sabía delicado: nadie se alarmaba por ello. En el restaurant donde gustaba invitar a sus amigos, sin que nada le pareciera bastante caro ni bastante refinado para ellos, en el Trianon o en Fouquet's, de los que era parroquiano y cuyo lujo le placía como un descanso después de la jornada de trabajo, apenas si probaba la comida. Se servía en el plato algunas hojas de ensalada o un trocito de pastel. Parecía vivir del aire. Su máquina ultrafina no aguantaba nuestros alimentos. Los manjares más raros resultaban groseros para él. Al primer bocado encendía un cigarrillo y ya había terminado de comer. Nadie pensaba que pudiera estar enfermo. Se le operó con urgencia el sábado por la mañana. No pudo resistir. Murió a las dos de la madrugada. Tenía cincuenta y nueve años.

Giorgio empujó una puerta. Sobre un almohadón, en la sala, apoyada en el terciopelo negro, reposaba la pálida cabeza de su padre. Un escultor, Pail Speck, había hecho el vaciado. La impresión del lóbulo de la oreja izquierda se había movido en el yeso. El rostro respiraba. Los párpados estaban cerrados, y sin embargo, no era aquella la acti-

tud del sueño. Una sonrisa singular asomaba al borde de los labios, bajo el breve bigote, dándoles un gesto desdeñoso. Nunca había visto a Joyce sin sus oscuros cristales de extra-miope, que formaban parte de su persona. La mascarilla parecía desnuda y confesaba bruscamente su verdad. A menudo, en el instante de la muerte, se produce un alivio: el rostro surge lavado, como si una mano le enjugara las arrugas de la vida; es lo que a veces presta al cadáver un aspecto de juventud, y lo que pudo hacer creer, en la Edad Media, que en el cielo los muertos tienen todos la edad perfecta y uniforme de treinta y tres años.

Aquí la muerte conservaba su posición de combate. Era la misma frente ancha y prominente, los pómulos óseos, la barbilla voluntariosa, el rostro alargado de un Don Quijote que acaba de alzar su visera; yo seguía leyendo el desafío en ese rostro. No era el rostro de un vencido, de un difunto, como dice el bello lenguaje con que la Iglesia embalsama a sus muertos (*defunctos*), los que han dimitido y se han aliviado de la existencia. Imposible mayor altivez, mayor tiesura, un aspecto de más abrupto desdén; era el nombre mismo del insumiso, el rostro del ángel rebelde. Llevaba escrita en sus rasgos demacrados esta doble expresión del *Noli me tangere* y del *Non serviam!*, el pudor indómito y la rebelión. La derrota y la muerte no disminuían su insolencia. Los párpados embozaban la faz, simplificaban los planos, quitaban la dispersión de las miradas, sellaban el rostro en su secreto como bajo una losa. Todo lo que expresa Pigalle en su obra maestra de Estrasburgo, en el rostro intrépido del héroe que reta al infierno y desafía los terrores de la tumba, se resumía en esta cabeza cortada.

Sin embargo, la parte baja de la cara contrastaba con la alta, como ocurre con las montañas donde queda un poco de tierra en las pendientes coronadas de roca viva. Joyce sonreía: una sonrisa traviesa, un poco burlona, una alegría de evadido, de embaucador que acaba de jugar una mala pasada. Esta sonrisa decía: "Buenas tardes, la farsa ha terminado, ya estoy fuera de la trampa; allí donde estoy ya no podréis atraparme. Nunca sabréis si me he burlado de vosotros.

¡Fuera las manos! Vuestras políticas, vuestros dramas, vuestros juguetes, vuestras batallas, allá quedan; que os aprovechen. Yo me aparto, aquí no ha pasado nada. ¡Arreglaos como podáis, amiguitos!” Y era una sonrisa del otro lado de las cosas, una sonrisa de ultratumba, la de un náufrago seguro de haberse escabullido a tiempo y de haber logrado, como se dice, la salvación.

Esta mezcla de emperador y pilluelo, frente dominadora y boca irónica, formaba algo inaudito; tenía el aspecto de quien está informado, del hombre que sabe, del que atravesó el gran pánico como un recluta que ha recibido el bautismo del fuego y que dice a la muerte: “¡Bah! ¡No era más que esto!”.

Yo evocaba la sublime leyenda de San Orán, el discípulo de Colomban, apóstol de los germanos. Se celebraban sus funerales; al final del oficio se despertó de entre los muertos con noticias del otro mundo.

—El infierno —dijo— no es lo que nos hacen creer.

—¡Tierra! —exclama Colomban— ¡Échenle tierra para cerrarle la boca! Silencio al sacrílego que vuelve de donde no se vuelve.

A pesar mío, pensaba aún en otro recuerdo. Evocaba un día de verano en Dublín, cuando fuí a ver al gran Yeats. Fuera, el jardín centelleaba al sol, en torno a un Apolo ciego. Un grupo de mujeres jóvenes le rodeaba como los racimos de un pámpano suspendido en el mármol de un Término antiguo; a sus pies, la más hermosa se apoyaba en las rodillas del anciano, en actitud acariciadora. El poeta hablaba de Joyce tal como lo había conocido en otro tiempos, a los diez y ocho años, cuando estudiaba en el Christ-College, en la época del Jubileo de la anciana Victoria, en los buenos días de la guerra de los Boers y del *Irish revival*. El ejemplo del Transvaal mareaba a la gente, reanimaba las esperanzas de la República Irlandesa. Se fundaba en Dublín un teatro nacional: todos los movimientos de esta clase comienzan así. Era aquel cuyo nacimiento, grandeza y decadencia cuenta Moore en su mejor libro, la encantadora crónica intitulada *Ave, Salve, Vale*. Por lo demás, aquello quedó aplazado: las cosas no se realizaron hasta

veinte años más tarde, después de una guerra y de mártires. Pero ya entonces Joyce no ocultaba su desdén por una empresa timorata, nacida en el salón de una mujer distinguida; ese “chauvinisme de coin du feu” y de “five o'clock tea” excitaba sus sarcasmos. En materia de revolución, se proponía algo mucho más radical. El alumno de Cristo no pensaba en nada menos que en atacar a nuestra santa madre la Iglesia Católica. Soñaba con un petardo que hiciera saltar el establecimiento. Sus dioses eran Ibsen, Giordano Bruno y Juliano el Apóstata. Era un mal sujeto, que ya tenía pésima reputación.

“Era un pilar de taberna y un mujeriego, que se pasaba el tiempo declamando contra los curas. Se jactaba de ser el demoleedor de la religión, el archi-heresiarca, el Anticristo. ¡A terminar con los curas! ¡Las cosas que habían de verse! ¡Se acordarían de él en el mundo, por más de dos mil años!”.

Estas gasconadas hacen sonreír. Encuentro en ellas al joven Dedalus cuando entra en el “músico” de la tía Raquel, cantando el *In-troito* de la misa de *Pascua*. Son cosas de la juventud. Cuando un Joyce sale del cascarón y se pone a hacer locuras que el buen gusto reprueba, tengamos la seguridad de que no será tiempo perdido: completa su cuadro del mundo, trabaja para el porvenir. Se lanza con voracidad sobre todos los placeres que se le ofrecen, por bravata, por asco y, sobre todo, para combatir un exceso cerebral. Se desespera por sentir su cuerpo, por conocer la felicidad de los cocheros y marineros, por abofetear al intelecto, volviéndolo a la bestia. Esta actitud no está exenta de cierto romanticismo. Era para él, sobre todo, un método de descomposición sistemática, una disciplina del desorden (ejemplo: Rimbaud). Por lo demás, no nos engañemos con estas bravuconadas. He visto en Dublín, en una playa separada de los suburbios, al sur del río, la vieja torre de atalaya transformada después en puesto de aduaneros, donde el joven había establecido su domicilio en aquella época de su vida; las hay muy parecidas en las costas de Sicilia, y las llaman torres sarracenas. Es una ruina bastante deteriorada, ais-

lada en medio de la arena, a una legua de la ciudad, frente al mar. El paisaje es admirable; al norte del golfo se ve la grupa maravillosa de la punta de Howt. Es la escena del primer capítulo de *Ulysses* (el diálogo con Milligan) y la de la aventura bufa que forma, algo más lejos, el episodio de Nausícaa. El muchacho que había elegido semejante ermita pensaba de seguro en algo más que en mujeres. No era un ser vulgar. La elección de esta soledad, de esta frecuentación del mar, indican cierto *aloofness*, ascetismo, amor a la vida interior, a la contemplación. Si hacía salidas para perderse y olvidarse, sabía donde volverse a encontrar a sí mismo.

En cuanto al ateísmo del joven, es una desgracia, ¡y Dios no quiera que nos ofendamos por ello!

Por poco que se haya vivido en países donde el clero es rey y hace y deshace todavía como en Irlanda, el jacobinismo de Joyce parece natural. La opresión engendra la rebeldía. Se admitirá, por lo demás, que el joven temerario se mostraba en ese presuntuoso duelo, más perspicaz que sus amigos del *Irish revival*. El "affaire" de *Home Rule* es un ínfimo detalle en el conjunto de las cuestiones mundiales; en el plan literario es una pequeñez sin mayor consecuencia que la escuela de fe-libres de Mistral. Declarar la guerra al cielo era, por de pronto, salir de los líos locales, dar a la empresa un carácter titánico, colocarse de un salto en el plano universal.

He aquí palabras demasiado grandes para un mozo que se emancipa; dudo que sean más grandes que sus pensamientos. Se coloca en seguida en la estirpe del más grande maestro de su raza, el inmortal Deán Swift. La superioridad de Swift, cuando se ocupa de dogmas, estaba en que era de la partida; cuando maltrata la teología lo hace como teólogo. Su crítica, por eso, es mucho más corrosiva que las espirituales sátiras de sus cofrades irlandeses: Bernard Shaw y Oscar Wilde no son más que aficionados en este género. La dialéctica más sabia, bajo un ropaje de locura, constituye el "humour" de Swift y le da, cuando nos reímos de ella, su seriedad trágica. Quizá Joyce

no haya escrito ni una línea contra la religión, ni siquiera sobre cosas religiosas (no cuento la broma dudosa cuando, en la algazara de una taberna, Bloom, casi borracho, escucha una voz de trueno que repite una y otra vez, con un ruido de órgano, el anagrama de Good-Doog; las palabras *Dog* y *God* se componen, en efecto, de las mismas letras invertidas). Pero aplicar a todas las cosas el sistema de Gulliver y del Cuento del Tonel, dislocar las formas de la lógica y del razonamiento, demoler el edificio de nuestras representaciones, las ideas de orden, consecuencia, continuidad, conveniencia, espacio y tiempo, aun aquellas en que reposan nuestras convenciones; disolver finalmente el lenguaje mismo y los vocablos que nos sirven para designar las cosas, era conmover las columnas del universo y hacer vacilar el templo. Qué podía significar una vaga Declaración de Independencia de la República del Eire junto a esta prodigiosa *Walpurgis Nacht*, a esta inmensa *Götterdämmerung*.

Ignoro si Joyce, sin sus *Salad Days* ("sus años a la vinagreta", como traduce Claudel la *Cleopatra* de Shakespeare) tenía ya una idea clara de esta empresa extraordinaria. Pero estaba pagado de sí mismo: haría grandes cosas, sin duda. Era una cabeza de Lucifer. Reconocamos francamente que debía de ser insoportable. En Dublín no era fácil, con dos libras semanales, ser un príncipe de la juventud y desempeñar en Merrion Square el papel del joven Barrès en el Boulevard; Joyce resultaba un gran actor en un teatro de provincias. Este muchacho, con su orgullo loco, debía crispar los nervios de la mayoría de la gente. Pocas criaturas más altivas e impertinentes que ese joven extravagante: agréguese la jactancia, la charlatanería irlandesa, sus aficiones de fanfarrón cuentista, lo que se llama el "gab", el "blarney", y se obtendrá una figura apenas tolerable. A cuarenta años de distancia, la impaciencia de Yeats lo testimonia aún. Los aficionados a *Joyciana* han encontrado en sus apuntes, al lado de canciones impías, notas en que los ídolos del día pasaban un mal momento. Este joven fatuo tenía la vocación de la irrespetuosidad. He aquí una de sus

notas sobre Tolstoi: "Al revés de Saúl, hijo de Cis, que partiendo en busca de los asnos de su padre se encontró un reino, es un hombre que ha abandonado el reino de su padre para recoger una manada de boricos". Cuando se piensa en lo que era entonces la gloria del patriarca, la seguridad y el tono tajante de este aforismo hacen estremecer. ¡Osar esta blasfemia a los diez y siete años! Sin embargo, Joyce tenía razón. ¿Quién lo negará? ¿Quién aguanta todavía la letanía de *¿Qué es el arte?* o del *Gran crimen?* ¡Qué pena ver caer al inmenso artista de *La guerra y la paz* en la pequeñez del sermoneador, en la sociología y en la santurronería! Joyce no ha caído nunca. En las peores dificultades y en la miseria más estrecha, pasando apuros, cargado de familia, no ha escrito jamás una línea mercenaria; nada pudo decidirlo a transigir consigo mismo. Jamás una palabra de actualidad sobre los asuntos profanos, los intereses del mundo, las cosas que apasionan al vulgo; jamás un artículo de polémica, un gesto de propaganda, una "cuartilla" de periódico. Jamás ha vendido su alma. Estoicamente se condenó a labores ínfimas e ingratas, a menesteres oscuros de tenedor de libros o de maestro, haciendo sumas en un banco o dando lecciones de inglés a estudiantes crónicos; antes que comercializar su pluma y su cerebro tiene el valor de morir de hambre durante veinte años, de aguantar las postergaciones y los desaires de los editores, las privaciones, las angustias del mañana, las tribulaciones del pobre, las tristes soledades del destierro, sin cejar, sin ceder, sin apresurarse nunca, sin condescender a quejarse, sin adelantar ni retardar un día su asombroso trabajo. Enfermo, perdidos los ojos, sin refugio, errando de ciudad en ciudad, gasta ocho años en construir, en la oscuridad, su libro desmesurado, y responde a las afrentas, al infortunio, a los golpes del destino, a la indiferencia del público y a las persecuciones de los suyos, arrojándoles a la cabeza la monstruosa obra maestra. Al fin ilustre, todas las revistas se disputan sus originales; América le tiende un puente de oro. Se enclaustra voluntariamente en su obra más abstracta y se encierra en un silencio monumental de diez y siete años. Du-

rante toda su vida que acaba de terminar, después de dos guerras, en una de las edades más atormentadas de la historia, no hay ni una alusión a las cosas que nos desgarran; ni una palabra sobre las cuestiones que se lanzan, unos contra otros, las razas, los pueblos, las clases, los continentes. En plena batalla, en 1916, escoge una jornada cualquiera de veinticuatro horas tomada al azar en el tejido más cotidiano de una ciudad secundaria, el 4 de junio de 1904, día que no se señala por ningún crimen famoso, por ninguna gacetilla, por ningún acontecimiento, por ningún descubrimiento, sino tan sólo por un entierro y un nacimiento cualesquiera, para hacer de ellos el tema de su restitución total y de su milagrosa crónica. ¡Querido Péguy, tú que te irritabas por vivir en días grises y que no dejarían ningún recuerdo, tú que ardías por tomar esta famosa inscripción histórica! Joyce opone a los ruidos del mundo, a los reyes, a los capitanes, a las grandezas, a la fuerza, a las glorias, a todas nuestras escalas de valores, un “no ha lugar” definitivo: una vez por todas, las juzga y les cierra su puerta; las ignora, imperturbable como un Espinosa o un Padre del desierto; les hace la injuria de no querer saber nada con ellas, ocupado tan sólo de las cosas más comunes, de las acciones más simples y corrientes que componen la trama profunda de la vida. Y más tarde, en su segundo poema, soltando las riendas en el mundo de las imágenes, como ese cargador de Bassora que ronca en la miseria y sueña que es rey, imagina el nocturno, la vasta Mil y Dos Noches donde toda la creación, los mitos, las historias, los siglos, los Césares y los Alejandro, los Ciro, los Cambises y los Napoleón, ruedan como los restos de un naufragio o las sobras del día en los pensamientos confusos de un borracho dormido; un cuento de idiota, un sueño de ebrio, una fantasmagoría sin pie ni cabeza, donde todo se repite, donde nada pasa, donde ningún acontecimiento altera las notas fundamentales y las elementales funciones, el deber, el comer, el cohabitar, el dormir. Joyce se pasa cuarenta años construyendo estos dos libros inmensos, esta doble epopeya del Día y de la Noche, del sueño con los ojos abiertos y del sueño con los ojos cerrados, de los

cuales la segunda es un enigma que nos conturbará por mucho tiempo y que aun está lejos de decirnos su última palabra. Ha enterrado en este trabajo sus días y sus noches, sus pensamientos, y sus fuerzas, en un don absoluto de sí mismo, indiferente a todo lo demás, a críticas, honores, fortuna y destierro, sin acordar un recuerdo a lo que no fuese la representación de su mundo interior: extraño a las pasiones y locuras de los hombres, a sus ambiciones y apetitos, al dinero, a la intriga, a la vanidad, al miedo, despreciando las cosas fortuitas, inaccesible a todo lo que podía distraerle y apartarle de su obra, dueño de él sólo y del imperio de ideas y palabras, en suma: una criatura maravillosa del cual se hizo un absoluto.

(Concluirá)

LOUIS GILLET

S O M B R A S

(Drama en un acto)

Living. En el fondo, una estufa encendida. Una ventana a cada lado de la estufa. Claridad lunar en el cielo. Nocturna quietud. Puertas laterales, a izquierda y derecha. Sólo las luces de la llama y de la luna iluminan la escena. Sentados en amplios sillones que no dejan ver casi sus cuerpos, y de espaldas al público, ELLA y EL. Entre ambos sillones, una mesita. EL fuma. Al levantarse el telón, medio minuto de silencio. Un reloj de péndulo da las 11. Diálogo muy tranquilo.

ESCENA ÚNICA

ELLA.—¿Así que estuviste de fiesta?

EL.—Ya te conté. Despedida protocolar. No obstante, con emoción. Hoy he cancelado todas mis obligaciones con la sociedad, con el derecho y con mi profesión. Paso a ser un ciudadano ordinario, un ente de las estadísticas, con media columna reservada en los diarios para cuando llegue el momento de las alabanzas necrológicas.

ELLA.—No digas amargas enormidades.

EL.—¿Podré vivir olvidado de los códigos, de las sentencias, de los conflictos de la pasión y la ambición de los hombres, de los dilemas entre la justicia y la conciencia? Era una segunda naturaleza mía vivir en el torbellino de esos problemas.

ELLA.—La profesión nunca es una segunda naturaleza.

EL.—Explícate.

ELLA.—Quiero decir que en ti el sentimiento de la justicia, del derecho, de la absolución o el castigo formaba parte de tu propio ser.

EL.—Sin duda. Pero, de todos modos, el ejercicio de cualquier profesión

deviene un hábito al fin, como en el artesano su oficio. (*Pausa*) Bueno; el día esperado llegó.

ELLA.—Aunque mucho más frío de lo que pensábamos.

EL.—Años y años en espera de este día, y ahora, en verdad, no parece que hubiese merecido tanta ansiedad.

ELLA.—Es cierto.

EL.—Ocurre lo mismo con todo lo que se ha consumado. Lograr un fin es concluir.

ELLA.—Y, sin embargo, no hacemos otra cosa que desear el logro total de todas las cosas.

EL.—Jubilarse es morir un poco. Ya ves, desde hoy somos libres. Podemos viajar, dormir, instalarnos en un bosque o en la China.

ELLA.—¿Qué más?

EL.—Pescar, ir a conciertos... (*Pausa*). Dispongo de mí, que era lo importante. ¿Cuántos años, cuántos meses, cuántos días? Lo que falta no parece una continuación de lo que pasó. Treinta años. Ha llegado tarde este día.

ELLA.—Llegó. Lo esperábamos antes, cuando pescar, dormir, viajar, tenían interés. Ahora que llegó, ¿es el día que esperábamos?

EL.—Tú puedes decirlo.

ELLA.—Tú has dicho ya que no.

EL.—No es éste el día. Hablamos con sinceridad. Somos dos viejos amigos, marido y mujer. Hemos llegado a un momento que ansiábamos durante alguna época desesperadamente, y vemos que no valía la pena.

ELLA.—Después con un poco menos de ansiedad.

EL.—Al fin nos habíamos acostumbrado a que no llegara. Y hasta temíamos que llegase, ¿no es cierto? Pensábamos últimamente que no éramos tan jóvenes ni tan viejos como para bastarnos solos uno a otro.

ELLA.—Quizá no tanto.

EL.—Es que los meses y los años iban insensiblemente restándonos razones de vivir.

ELLA.—Y buscábamos en la jubilación un retiro a la existencia más bien que un descanso.

EL.—La jubilación ha llegado como pudo haber llegado la muerte. ¿Qué significa hoy para nosotros esto?

ELLA.—La verdad, ¿qué tenemos que hacer con nuestras vidas, libres? Hemos envejecido mucho más de lo que pensábamos cada día ante el espejo.

EL.—Hemos envejecido sin esperar la libertad. ¿Qué era la libertad? ¿Merecía haber estado empujando el tiempo de modo tan insensato? Dime, ¿qué piensas tú?

ELLA.—En seguida no podría decírtelo. Siento más bien una angustia y una desilusión. Un conjunto de sentimientos tan contradictorios, que no podría expresártelos.

EL.—Hagamos, pues, un balance. Especie de balance de fin del ejercicio. Veamos qué saldo da. (*Pausa*).

ELLA.—Espera un poco. (*Pausa*). ¿Te despediste hoy en el juzgado?

EL.—Sí. Ya te dije que eso me emocionó, y que hubo discursos. Una emoción también desagradable; no alegre, como pensaba antes que sería. Fué casi la despedida del que se va, simplemente. Cada uno de los colegas y de los empleados, los muebles y los objetos, eran algo así como puntos de apoyo en el mundo y en la vida. Noté que vivía adherido como un molusco a la costumbre.

ELLA.—Sentiste, en fin, que abandonabas una vida a la que te habías acostumbrado tanto como a la de tu casa y a tu mujer.

EL.—Así es, ¿por qué negártelo? Sin embargo, no hubiera querido seguir. Ni seguir, ni irme. Hubiera querido tener treinta años menos.

ELLA.—O veintitrés; el tiempo de nuestro matrimonio.

EL.—Sí. En ese tiempo, ¡cuántos sueños contruídos con cariño y con ilusión! Era esa la fuerza que nos sostenía.

ELLA.—También había algo más. Había el amor.

EL.—Sin duda.

ELLA.—Y ahora, dime con franqueza, ¿existe el amor?

EL.—Creo que sí, aunque más indulgente y familiar.

ELLA.—Eso ya no es amor. El amor es pasión, adoración, voracidad.

EL.—Y cuando eso no se encuentra como se desea, cuando no tiene fuerza de fuego para iluminar y para quemar los residuos de la existencia cotidiana, los detritus del día, ¿se puede vivir sin buscar el fuego donde se lo ve arder?

ELLA.—Tú lo sabes. ¿Se puede lograr de la luz la fuerza de vida que da el calor?

EL.—Sí, me parece.

ELLA.—¿Pero tiene fuerza para sostener a dos seres que han conocido el fuego ardiente?

EL.—¿Aquel amor? Se ha transformado, ha cambiado. Es un proceso natural, imagino. Diría que se ha convertido en amistad.

ELLA.—¿Amistad? Podríamos decir costumbre.

EL.—Costumbre, bueno. Porque es cierto que en nosotros hay algo que se ha ido agostando lentamente.

ELLA.—Se ha ido marchitando más bien que envejeciendo. Porque el amor no envejece. Lo que le ocurre es que se enmustia o muere.

EL.—El corazón es siempre joven, pero no en el mismo amor.

ELLA.—¿Has amado otra vez, después de casados?

EL.—¿Por qué preguntas eso?

ELLA.—Necesito que me lo digas, porque estamos haciendo el balance de fin de ejercicio. Ahora que somos el uno para el otro, sin interferencias, únicamente a condición de no ocultarnos nada podremos seguir no sólo juntos sino unidos.

EL.—Un balance, no por disolución del matrimonio, querida.

ELLA.—Casi.

EL.—Y tú, ¿volviste a amar?

ELLA.—Tú lo sabes también.

EL.—Entonces ni valdría la pena de que habláramos tanto. Los dos lo sabemos todo.

ELLA.—Pero no nos lo hemos dicho. Lo que ignoramos es infinitamente superior a lo que sabemos. Y quizás muy distinto. Mejor, sin duda. Porque lo que sabemos es muy poco.

ELLA.—Sospechamos con certidumbre y la imaginación fabrica monstruos con los escombros de la realidad.

EL.—Y eso que sospechamos, ¿será todo cierto?

ELLA.—Seguramente no. Pero es lo que hoy vamos a saber.

EL.—Hoy que ha concluído nuestra vida de obligaciones.

ELLA.—Y que comienza la libertad. (*Pausa*).

EL.—Ante todo, hay entre nosotros una pena inmensa, que pesa y priva como una mutilación. Nuestra hija, ¿es feliz en su matrimonio?

ELLA.—Por cierto, no. Se esfuerza demasiado en hacer creer que es muy feliz. Cuando se es feliz de verdad, más bien se procura que nadie lo sepa. (*Pausa*).

EL.—¿Podemos seguir?

ELLA.—Espera un poco. No hay prisa en el inventario.

EL.—El casamiento de Evelina no es muy distinto de haberla perdido para siempre. ¿Para qué ocultarlo? También pensamos en Jorge.

ELLA.—Ahora tendría dieciocho años, casi diecinueve. ¡Qué guapo habría sido! Su muerte nos mató.

EL.—Oh, hemos muerto muchas veces.

ELLA.—Exacto.

EL.—Pareció que con él moríamos definitivamente y que ninguna muerte podría matarnos ya. Sin embargo...

ELLA.—Hoy, por ejemplo, hemos vuelto a morir. Me da miedo esta vida que nos falta vivir. En realidad es la vida vivida que proyecta su sombra hacia el futuro. Confiésame, la muerte de Jorge ¿fué tu única muerte?

EL.—No.

ELLA.—Hemos tenido otras tan fuertes, por lo menos.

EL.—No hemos sido felices y por eso creemos que de su ausencia viene nuestra soledad. (*Pausa*) (*Entra la MUCAMA y sirve té*).

ELLA.—Mira; la luna. Allá arriba.

EL.—Lejos. La misma. ¿Recuerdas esta luna?

ELLA.—El recuerdo de la luna es de siglos y siglos.

EL.—¿Puedes verla con claridad?

ELLA.—Tengo los ojos llenos de lágrimas y me parece un fulgor que inunda el cielo y mis ojos.

EL.—Tú lo expresaste. Eternos ojos la ven desde los orígenes de la vida. Después de nosotros, alguien de nuestra sangre seguirá viéndola.

ELLA.—Y si no fueran ojos de nuestra sangre, otros y otros de sangres extrañas la verían.

EL.—Volverán a sentir las mismas emociones.

ELLA.—Emociones iguales, bajo el influjo de cosas iguales, en seres iguales.

EL.—La poesía.

ELLA.—La melancolía.

EL.—La luna. Hablábamos de otra cosa.

ELLA.—Pero no se puede hablar seguido de una misma cosa. Hay que respirar. Tú nunca quisiste los hijos que tuvimos.

EL.—Hay algo de verdad mutilada. Antes de que nacieran no los quise. Tú sí. Después los amé tanto como tú.

ELLA.—Por supuesto. La mujer vive una existencia que no le pertenece. En realidad es el estuche, o el vaso, del hijo. Ella no existe; es un sueño; un fantasma. Existen el padre y el hijo. ¿Nunca pensaste en eso?

EL.—Mas o menos, aunque no así. Más bien existen la madre y el hijo. El padre es un accesorio. La familia entera son la madre y el hijo; el padre muere cuando el hijo nace. Pero uno aprende las cosas de la vida siempre con algún retraso; precisamente cuando no queda tiempo para rectificarse. En todo pasa lo mismo. Vivir es comprender que se estaba equivocado.

ELLA.—¿Y el que no comprende que se equivocó?

EL.—Ése vive menos; pues el valor de la vida está en que se encuentra siempre indecisa y trémula, colocada entre dos abismos; el pasado que cambia de sentido con los años, y el futuro que tira de nosotros para devorarnos.

ELLA.—Si hubieras previsto lo que ocurrió, ¿te habrías casado conmigo?

EL.—Es una pregunta difícil de contestar.

ELLA.—Piensa. No tienes que apresurarte. Si hubieras podido conocer de antemano lo que había de ocurrirnos, ¿te habrías casado conmigo?

EL.—De haberme casado, siempre me habría casado contigo. Pues en el supuesto caso de que me hubiera casado con otra, siempre serías tú. No tú misma, pero otra en tu lugar.

ELLA.—No lo entiendo muy bien.

EL.—Sí; es fácil. Mira. Pero, la pregunta fué ya contestada. Tú, ¿te habrías casado?

ELLA.—Es la misma pregunta.

EL.—Con la diferencia de que es otro asunto enteramente distinto.

ELLA.—Explícame primero qué debo entender por que te habrías casado conmigo de cualquier modo. Me halaga y me atemoriza.

EL.—Dime antes, ¿te habrías casado conmigo?

ELLA.—No; de ninguna manera.

EL.—Ahora terminaré de contestarte yo. Para el hombre, y acaso para la mujer —no sé—, el matrimonio es siempre un episodio indispensable de su vida, y siempre un error. El matrimonio aplaca cierta clase de necesidades pero despierta otras más poderosas. Por ejemplo, aplaca todas aquellas necesidades de orden superior al individuo, como ser: la compañía, la familia, el orden, la tranquilidad, el deber, etcétera. Pero incita al amor imposible. Porque ningún hombre se casa sin tener la sensación de que renuncia de una vez y para siempre al amor de todas las mujeres.

ELLA.—Eso será en los temperamentos polígamos.

EL.—No; no me refiero a ninguna pasión subalterna. Me refiero al amor.

La propia mujer, segura, adquirida en propiedad moral para siempre, abre al ensueño una perspectiva fascinante, como espejo que recoge el amor y lo proyecta fuera.

ELLA.—Para la mujer, yo creo, el matrimonio es una desilusión. La mujer no necesita del hombre sino en muy contadas circunstancias y antes de casarse ya sabe que no es el que quisiera para padre de sus hijos, aunque lo ame. No creo que ninguna mujer piense, no estando ofuscada, que su marido ha de ser el padre de sus hijos. Mas bien piensa que es su propio padre que viene a rescatarla de una servidumbre y una reclusión.

EL.—Si nos oyeran, dirían que somos dos viejos escépticos.

ELLA.—Hablamos con franqueza, como muy pocas veces lo habíamos hecho antes. Bien sabes que te he querido y que no hablo por despecho.

EL.—Hace tiempo. ¿Y ahora?

ELLA.—Ya lo hemos dicho: amor y desilusión.

EL.—Nos atribuimos la vejez y el fracaso de las ilusiones. Lo que la vida trajo y se llevó tú me lo reprochas y yo a ti.

ELLA.—No es posible vivir juntos veintitrés años sin tener muchas cosas graves que reprocharse. Y eso que nosotros nos hemos llevado bien.

EL.—Así se dice en el lenguaje corriente. Con sinceridad: ¿hacia qué época empezaste a cansarte de mí?

ELLA.—No se trata de eso. Cuando se tienen dos amores, uno real y otro imaginario, supongamos, el marido necesariamente resulta inferior en la comparación. Hay una clase de infidelidad inevitable, que consiste en comparar lo que se vive con lo que se cree que se pudo haber vivido.

EL.—Has padecido mucho, tú también.

ELLA.—La vida vivida.

EL.—¿Por qué no nos hemos separado a tiempo?

ELLA.—Un poco por cobardía, otro poco por egoísmo. Quizá porque sabíamos que la felicidad tampoco estaba en la separación.

EL.—Has amado mucho, mucho, y yo he sido para ti como un carcelero que te tuvo bajo cerrojos y llaves.

ELLA.—También yo lo fuí para ti. ¿Hubieras sido feliz con ella?

EL.—No sé. Pero sé que sin ella no he sido feliz. No podía irme. Hubiera sido una villanía de mi parte.

ELLA.—¿Ni aun sabiendo que nuestra separación nos restituía a los dos, a ti y a mí, a una vida que considerábamos mejor?

EL.—Eso no lo he pensado. Vamos a detenernos un poco en este punto. A ver si conseguimos la franqueza absoluta.

ELLA.—Terminaremos mucho más alejados de lo que ahora estamos.

EL.—Yo no me noto alejado de ti. Acaso nos haga bien esta confesión.

ELLA.—De ninguna manera nos hará bien, porque ya es tarde para todo. Quedaremos más mutilados de lo que estamos.

EL.—Hoy es el día que podemos tratar estos temas. Ahora que comienza la nueva vida esperada, la vida sin esperanzas. ¿Tú conoces mi historia?

EL.—No. Antes te dije que sí por no ser menos perspicaz. Te confieso: no creí que también tú hubieras querido a otro hombre. Pero pensando, puedo adivinar. A ver. Déjame pensar un poco. ¿Esteban?

ELLA.—Precisamente. Era muy fácil saberlo.

EL.—No era muy fácil. Esteban ha sido mi mejor amigo. Debo reconocer que estuve bastante ciego, o que se han comportado ustedes con admirable corrección.

ELLA.—Como debíamos.

EL.—¿Él te quiso?

ELLA.—Creo que inmensamente y más que a su vida.

EL.—¿Se mató por ti? (*Pausa larga*).

ELLA.—Es posible.

EL.—¿Infidelidad? (*Pausa*).

ELLA.—Yo era suya, él lo sabía bien. Toda le pertenecía, el alma, el cuerpo y la vida. Hubiera podido disponer de mi sin restricciones.

cuantas veces hubiera querido; arrancarme de tu lado e invitarme a morir como a bailar.

EL.—¿Lo quiso?

ELLA.—No hubiera podido decirle que no, porque tenía todos los derechos humanos y divinos sobre mí. ¿Tú sabes qué es el amor? Lo dudo. No me refiero al amor que se siente por lo que se posee, sino al amor que no tiene ni admite condiciones porque nace de la convicción del mutuo entendimiento, de la afinidad más honda del ser, en lo corporal y en lo espiritual.

EL.—¿Te entregaste a él? (*Pausa*).

ELLA.—No. Pero ése fué nuestro gran error.

EL.—Sí; entiendo. Llegada la pasión a tal dominio tiránico, si uno se da o si se niega, siempre se equivoca. Comprendo lo que dices porque yo sentí el arrepentimiento de un error al revés.

ELLA.—Mientras comprendas no me despreciarás.

EL.—Mi infidelidad fué de otra clase. Casi diría de orden material, porque yo sí te he traicionado con el alma y con el cuerpo.

ELLA.—Entre ustedes había una necesidad mucho más baja y Felisa no valía lo que yo.

EL.—Siempre he pensado lo mismo. Aun en los instantes de la traición, yo estaba convencido de que valía menos que tú. Pero era inevitable abandonarse al destino.

ELLA.—Ella te daba un amor más ardiente, por lo mismo que te amaba con todas las fuerzas de su cuerpo y de su alma. Yo no te amaba con el amor de la sangre, por eso estaba siempre en ventaja sobre ella, según lo que tú podías juzgar. Pero a Esteban sí lo amaba yo así, como Felisa te amaba a ti. El nunca me exigió más que la seguridad de que lo amaba y de que yo respondía a su pasión sin freno con mi pasión desenfrenada.

EL.—Te conoció antes que yo. ¿Desde entonces lo amabas?

ELLA.—Yo sí, pero él sólo mucho más tarde.

EL.—¿No lo advirtió antes él?

ELLA.—Fué un error muy grave de su parte. Y eso es lo que pagó con su vida. No creas que la imposibilidad de lograr lo que era suyo desde muchos años antes de su muerte, sino el castigar un error tan funesto. Más tarde pensé que también pudo haber sido por no malograr su felicidad.

EL.—Nunca me dijo nada él, ni tú. Si entonces hubiéramos hablado con la franqueza de hoy, ¡cuántos sufrimientos nos habríamos evitado! ¡Era todo muy sencillo!

ELLA.—¿Habrías consentido tú en que nos separáramos? Además ese problema no tenía más que una solución, que él encontró. ¿De qué valía separarnos, si estábamos encadenados por muchas otras fuerzas?

EL.—Por su mujer y sus hijos; por nuestra posición. El tampoco era libre. En verdad, se trataba de un problema sin solución.

ELLA.—Sin solución. Y aparte ese problema insoluble, ¿por qué no nos separamos cuando aun era tiempo?

EL.—Ya te lo dije: un prejuicio sobre el deber, y porque creí que no hubieras podido valerte sola. Había un egoísmo disfrazado de piedad.

ELLA.—¡Si no estaba sola! Entonces habría tenido solución el problema, sin tu piedad. Al principio.

EL.—¿Tu problema? ¿Cuándo es al principio? Porque te juro que yo no advertí ese principio, ni casi el final. De habernos divorciado, ¿se habría casado él contigo? Piensa que casi siempre el divorcio permite comprender que se está de nuevo equivocado.

ELLA.—No comprendes entonces lo que te dije; no comprendes cuál es ese amor que tiene su razón de ser en secretos poderes del pensamiento y de la sangre.

EL.—Es que precisamente también ahí puede haber un error. El pensamiento y la sangre pueden llevarnos a creer que esas fuerzas de atracción son profundas, cuando a lo mejor han nacido de la necesidad de rectificar un error. Quiero decir que la infelicidad con-

yugal puede arrastrar a creer que en otra persona existe esa identidad o afinidad que dices; pero en el fondo muy bien podría ocurrir que sea la incomprensión lo que arrastra a esa credulidad ficticia.

ELLA.—A esta altura de la confesión, cuando más te necesitaba, no puedes seguirme de cerca. Es inútil que razones. No puedes comprenderme porque no eres mujer.

EL.—Explícate mejor.

ELLA.—Digo poderes secretos del pensamiento y de la sangre, cuando el amor se convierte en una fuerza elemental de la naturaleza, sin ojos ni oídos ni órganos diferenciados, como el hambre y el miedo, que es ajena a la persona y la obliga aún contra su voluntad.

EL.—Entonces es la pasión abyecta, exaltada por la imaginación.

ELLA.—No, no. La imaginación es un bálsamo de que esa fuerza se vale. Es pasión, sí, pero mucho más es el amor puro, tremendo, devorador como el fuego, que quiere crear con un impulso idéntico al de la destrucción. Entonces no importa que se diga error, felicidad; esa fuerza está por encima de todos los conceptos y los códigos, y el gran pecado, el pecado sin perdón es oponerse por cualquier pretexto, malograr ese triunfo de los hijos inmortales como fruto de ese amor.

EL.—El gran amor de Magdalena, que se purifica en razón de la pureza total de su fuego.

ELLA.—El amor de Magdalena y todos aquellos que tú como juez hubieras tenido que condenar, pero que como hombre habrías tenido que perdonar y que venerar de rodillas como mujer.

EL.—Cálmate, cálmate. Hoy precisamente he dejado de ser juez.

ELLA.—Ojalá hayas dejado de ser juez para empezar a juzgar de verdad como simple ser humano. (*Solloza*).

EL.—No hay fortaleza capaz de resistir estos rudos golpes sin piedad que hemos recibido y aplicado, y que ahora nos complacemos en examinar como el herido que averigua hasta donde tiene su carne desgarrada. Heridas profundas, ni cicatrizadas siquiera. ¡Ojalá

pudieran las lágrimas reconstituírte como antaño, cuando llorar era un paso previo a la reconciliación, al olvido, al sueño! Entonces tras las lágrimas y la lasitud del llanto venía el amor, atraído por simpatía de los cuerpos como si ellos poseyeran por sí mismos la virtud de soldar y restañar. Ahora tus lágrimas caen en mi alma como una lluvia de hielo y me apenas porque no puedo remediar tu mal, ni ofrecerte como antes mis brazos y mi pecho. Sola. Lloras sola, y yo, también solo, te siento llorar. Todas las cosas por las cuales lloras, ¿cómo las podré yo reemplazar con lo que soy? Yo mismo, de pies a cabeza, no alcanzo a compensar de tu inmenso y solitario dolor una parcela insignificante. (*Tendiéndole la mano*)
¿Puedo valerte de algo ya?

ELLA.—Es cierto; no nos queda, para unirnos todavía, nada más que la comprensión de nuestra desdicha.

EL.—Es bastante. Te compadezco, porque no habría ser que me dejara indiferente bajo tanto dolor.

ELLA.—(*Tomándole la mano tendida*). También yo te compadezco por los muchos años que hemos vivido juntos y lejos, causándonos sin querer este mal que ahora nos supera. ¡Pobre amigo mío, tú también tiene tu corazón hecho pedazos! Tú también te encuentras con los residuos de tu vida sin quemar en un gran fuego y me contemplas desde tu prematura vejez como algo que no te pertenece y que es tuyo.

EL.—Eso no. Siento que no tienes ningún sostén sino yo y que ahora sí estás desvalida. No es sólo tu destino de mujer el que siento apoyarse en mí, sino el destino de la mujer, de todas las mujeres. Has tenido la parte más triste de este drama silencioso y la soportaste como has podido, sin transmitirme nada de ese cáliz y con valiente dignidad.

ELLA.—Porque sabía que tú también llevabas sobre ti una carga superior a tus fuerzas.

TELÓN

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

NOTAS

Los Libros

HENRI MICHAUX: *Un bárbaro en Asia*. (SUR, Buenos Aires, 1941). — En principio, para quien conozca personalmente a Henri Michaux, y haya leído sus poemas, pocos escritores se le antojarán tan distantes como éste del tipo, del arquetipo en que suele cuajar el escritor viajero. El autor de *Un certain Plume* es esencialmente un lírico, no ya subjetivo, no ya solamente introvertido, sino confinado en un mundo de decires y alusiones, de símbolos y mitos peculiares —que empiezan en el estilo y siguen en la fauna temática— de su propia invención, más o menos felices, pero incanjeables. Sin embargo, acontece que por errabundez o fastidio disconformista más que por curiosidad y avidez, a Henri Michaux le gusta viajar, ha recorrido varios países con una mezcla de displicencia y agudeza. Así, un buen día, para reencontrar a un amigo de París —el poeta franco-ecuatoriano Alfredo Gangotena— dió unas zancadas hasta los trópicos. Y de ahí nació su sorprendente *Ecuador*. Otro día cayó en la Argentina — y aún no han podido olvidarse las mordientes (en el sentido de incitadoras: así queremos interpretarlas, sin pensar en malevolencia deliberada) variaciones que este país le sugirió. Entretanto, impulsado por su dejarse llevar de viajero antiprofesional, había divagado por Asia. Fruto de esas desganadas, pero, al cabo, fructíferas andanzas fué *Un bárbaro en Asia*. Este libro ha visto ahora la luz en castellano, cuando todas las miradas se vuelven hacia ese continente. Pero relacionar la Malaca, la China y el Japón vistos por Michaux con las cuestiones que hoy se afrontan allí bélicamente, exigiría una ampliación óptica que no condice con el espíritu del libro. Por ello, inactualizándolo, o, mejor dicho, situándolo en su propio plano de relativa intemporalidad, prefiero atenerme para

su relectura a las notas que *Un bárbaro en Asia* me sugirió en 1933, a raíz de su aparición en francés.

Entonces me preguntaba: ¿Por qué un espíritu tan buído y civilizado —o de vuelta de la civilización— como Henri Michaux se denomina a sí mismo bárbaro? Ya sabemos la primera acepción del adjetivo — la romana. Y hemos vuelto a saber la última — la de estos días. Pero descartándolas, puesto que no habrán estado en la mente del autor: si “barbarie” equivale a inocencia, si “barbarie” es cierta limpidez de mente y de sentimientos para encarar lo exótico con ojos no influídos por ningún prejuicio, entonces, sí, aceptemos a Michaux como un “bárbaro”. Y aun hagamos votos por que la especie se multiplique. Nada tan enojoso como esos viajeros cuyo lastre de nociones previas enturbia y desfigura la posible virginidad de cuantos países visitan. Si de algo —mejor dicho, de mucho— peca Michaux es de incurrir en el extremo opuesto. A fuerza de querer mostrarse indiferente, de no dejarse arrebatarse por el pasmo de asombro beato, llega a parecernos preocupado de su actitud. A fuerza de querer evadirse de los prejuicios cultos, cae por momentos prisionero en el prejuicio de su barbarie.

No es, pues, Michaux el viajero de paisajes interiores o el viajero que lleva ya dentro de sí su cliché preformado, o que desfila ante los lugares asiáticos, dándonos sin revelar las negativas, como hizo algún filósofo. La hurañía de Michaux va sólo contra el lugar común o contra las jactanciosas confrontaciones étnicas. En este sentido ¡cuán excepcionalmente poco francés! Por lo demás, gusta de zambullirse plena y desprevenidamente en las atmósferas exóticas, metiéndose en pieles ajenas y dando así con mucha frecuencia en el blanco. No es difícil aislar algunos buenos impactos. Así, escribe en el capítulo inicial sobre la India: “. . . la suciedad hindú es proverbial. Pero, cosa curiosa, cuando sus pintores pintan un interior sucio y sus gentes harapientas, el resultado es un cuadro de lo más limpio. La suciedad está allí limpiamente indicada. Los rotos de los harapos, las manchas son limpias. En cambio, mirad los cuadros europeos del siglo XIX, y no encontraréis más que cabezas de carboneros, casas y muros leprosos, caras y mejillas llenas de pringue, interiores infectos”.

Quizá, empero, las páginas más atrayentes y sagaces de este libro sean las que Michaux consagra a la China, ese país que ha sido tenido por el más perfecto reverso del Occidente —y que por ello mismo contribuirá a salvarlo, merced

a Chiang-Kai-Sek. El ingenio, la precisión, la inventiva del chino encantan a Michaux. “En China —escribe—no hay nada que no sea habilidad. ¿A qué se parece más la pintura japonesa y china? A la relojería. Es una obra de precisión. Nadie pretende hacer cronómetros que den la hora veinte minutos después. Así, su pintura, aunque mala, es siempre precisa”. Y más adelante, abundando sobre un dato ya explotado, y hoy un si es no es anacrónico: “Hasta el bandido chino es un bandido competente, tiene una técnica. No busca la muerte de las gentes, sino el rescate. No les hace más daño que el estrictamente necesario, cortándoles dedo tras dedo, que expide a la familia, con una petición de dinero y sobrias amenazas”.

Michaux va así caracterizando tipos y costumbres, cosas de la calle japonesa y templos búdicos; alternando citas de Confucio con los senos desnudos de las balinesas. Con un mínimo de recursos, con un lenguaje seco y un estilo voluntariamente desgarrado, sabe poner en evidencia el máximo contraste, la absoluta contradicción con el nuestro de ese mundo visto por el envés que es —o nos parece ser— la China. Los restantes capítulos de su libro sobre la India, Japón y Malaca abundan también en visiones sorprendentes, pero a las páginas que tornamos con más fruición es a las de China. Vaya, como final, otra muestra: “Para que el chino vea claramente es preciso, ante todo, que los negocios sean complicados. Para ver claro en su casa precisa, al menos, diez hijos y una concubina. Para que vea claro en las calles es necesario que éstas sean laberintos. Para que la ciudad resulte alegre tiene que ser una feria”.

GUILLERMO DE TORRE

H. G. WELLS: *El destino del Homo Sapiens* (SUR, Buenos Aires, 1941). De realizarse la creación del Cerebro del Mundo, que propicia este libro como un medio para guiar a la humanidad hacia destinos previstos e inteligentemente preparados, el autor integraría sin la menor duda ese organismo dirigente y constructivo. Wells es una mente preocupada por todos los problemas que puedan interesar al hombre. Ya como novelista, que en sus ficciones nos presenta visiones proféticas del porvenir que nos espera, o como historiador, que nos brinda

grandiosas síntesis de la evolución del hombre y de la ciencia, reviste siempre el hábito del misionero poseído por la pasión de la verdad y del bien. Ha sido, es y será, mientras conserve lúcido su espíritu, un predicador de la reforma que juzga necesaria para evitar que la comunidad humana se hunda en el caos.

El destino del Homo Sapiens fué escrito antes de iniciarse la guerra actual, pero la clara visión del autor se revela en su exposición de los factores que ya llevaban inevitablemente al mundo a esa gran catástrofe. Wells ausculta el inmenso cuerpo social que abarca todos los continentes y todas las razas de la especie "Homo", con el menjurje de sus religiones, credos políticos, convicciones sociales y conceptos filosóficos. Interroga a todos los profetas o reformadores modernos, desde Sun Yat Sen hasta Roosevelt. No lo anima ningún prejuicio. Muestra una extraordinaria buena voluntad para descubrir en todos los sistemas un ingrediente que pueda formar parte de la panacea universal capaz de salvar al mundo del abismo en cuyo borde lo ve.

En el recorrido de Wells por los continentes y las naciones, nos informamos de las fuerzas que podrían regenerar al hombre, modificando la superestructura social que ha creado para sí mismo, o que están destinadas a precipitar su caída en tinieblas tan densas como las que envuelven la pretérita existencia del ictiosauro y del pterodáctil.

Cree Wells que el factor principal del desequilibrio que agita a la sociedad actual es nuestro poder de invención. La técnica, que tiene por fin crear un ambiente agradable y de existencia fácil para el ser humano, resultó en sus manos un instrumento funesto. La inventiva humana, orientada casi exclusivamente hacia la producción material, lanzó al mercado de las energías no utilizadas a millones de hombres jóvenes, reducidos a buscar perspectivas de porvenir en las aventuras más descabelladas. Eso hace que la humanidad esté en perpetua zozobra. Esa juventud sin empleo es un explosivo permanente que amenaza hacer volar el mundo en pedazos, como efectivamente se está viendo con la guerra que desencadenó el nazismo.

Wells no encara la evolución del mundo y de las sociedades humanas desde ningún punto de vista religioso o filosófico. Es prácticamente ateo. Es el hombre más despreocupado frente a las cuestiones metafísicas. Tiene la mentalidad del matemático y del ingeniero. Toma dimensiones y calcula potencias. Por ese procedimiento llega a resultados que a él pueden parecerle exactos,

aunque, por supuesto, son siempre discutibles. Así, en *El destino del Homo Sapiens* no hay que tomar al pie de la letra sus análisis de la democracia, de la cristiandad, de la oligarquía británica o del comunismo ruso. En el caos presente del mundo intervienen muchos más factores que los que Wells analiza, y los que analiza pueden ser valorados muy distintamente.

Pero todo lector de buena fe encontrará en este libro de Wells innumerables motivos de reflexión sobre la situación actual del mundo. En primer término, para toda persona imparcial y sensata surgirá la pregunta de por qué ese afán de destrucción y de muerte que se apodera del hombre y lo lanza a la guerra. Las respuestas ya han sido muchas, algunas muy eruditas y fundadas en estudios etnológicos y sociológicos. Pero ninguna satisface. Desde nuestro punto de vista del perfeccionamiento progresivo del hombre y de su habitáculo social, debe resultar absurdo lo que destruye o tiende a destruir en breve tiempo lo que para levantar costó esfuerzos de siglos.

En síntesis, el problema esencial que afronta el pensador moderno es el de la desaparición de la especie humana, con la soberbia superestructura de su creación —tal vez a consecuencia de ella—, o el de su supervivencia gracias a una “superestructura mental más grande para orientar el espíritu del mundo en un proyecto practicable”. Por su parte, Wells encara con resignado estoicismo la perspectiva de la desaparición total del “Homo Sapiens”. La “decadencia del mundo” es para él un hecho tan natural como la extinción de las especies cuyos misterios nos son revelados por la paleontología. Cree que al paso que seguimos nuestro fin debe producirse en breve, inexorablemente. “El promedio de la vida bajará paulatinamente —escribe—, y la salud general se resentirá. Aumentará la variedad de los virus y de los gérmenes pestilentes. Será un estado de cosas propicio para la resignación piadosa y de nuevo los corazones de los hombres esperarán encontrar un mundo mejor más allá de las estrellas. Aparecerá la última cosecha de santos y devotos. La humanidad que comenzó en una caverna y detrás de un resguardo contra el viento terminará en las ruinas de un villorio”.

Esta conclusión es, evidentemente, la de un pensador desalentado. Es una visión pesimista que se explica por el hecho de que Wells no disponga de ningún remedio positivo para salvar a la humanidad del caos en que a su parecer se está hundiendo. Mas esto no debe desconsolarnos.

Tan razonable es pensar que de la guerra actual surgirá un mundo aleccio-

nado y fortalecido, como suponer que surgirán una serie de "ghettos", para dolor de todas las razas bajo el látigo nazi. Si calculamos bien las cosas, comprendemos que las fuerzas sanas preponderan en la humanidad. El continente americano, con sus inmensas posibilidades materiales y morales, la Rusia Soviética, que se está revelando como la mayor fuente humana de ímpetus renovadores, China, que despierta de su sueño secular, y el Imperio Británico, con su noción de la dignidad y de la libertad individuales, implican energías suficientes para neutralizar los factores totalitarios nazi y fascista.

SUR, editando este libro en una buena traducción de C. M. Reyles, ha contribuído a desarrollar la conciencia del deber de cada uno frente a los grandes problemas actuales.

ARTURO MONFORT

DAVID GARCÍA BACCA: *Filosofía de las ciencias* (Editorial Séneca, México, 1941). J. C. CROWTHER: *Esquema del universo* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1941). — La tesis doctoral de García Bacca, *Ensayo sobre la estructura lógico-genética de las ciencias físicas* (Barcelona, 1935), leída en la Universidad de Barcelona en 1935, concluía afirmando: "El tipo de ciencias físicas es irreductible a la lógica y a las matemáticas, porque la realidad física posee una estructura óptica propia y original", sugestivo enunciado que el autor dejaba en el aire, pues, según él, sería objeto de otra obra, complemento de la tesis doctoral. Cinco años más tarde, García Bacca, ahora profesor en Quito (durante ese lustro han pasado en el mundo de los hombres cosas más trágicas que en el mundo de la física), escribe otra obra, cuyo título, *Filosofía de las ciencias*, podría hacernos suponer que fuera el prometido complemento de su tesis. Claro es que no hay que fiarse demasiado en el título de los libros, y mucho menos cuando éste es *Filosofía de las ciencias*, expresión tan equívoca y multívoca que en cada caso es indispensable leer, o por lo menos recorrer, el libro con ese título para saber de qué trata o qué entiende el autor bajo esa expresión.

En este caso García Bacca nos ahorra tal tarea, pues un subtítulo: *Teoría de la relatividad*, aclara el contenido del libro; pero con esto se desvanecen también todas nuestras esperanzas de encontrar en él el estudio anunciado en

1935, con el agravante que este tomo de filosofía de las ciencias que ahora aparece, editado por una editorial mexicana, resulta ser el primero de "dos volúmenes de datos básicos sobre la teoría de la relatividad y la de los cuantos", cuyo complemento teórico será precisamente la obra que ya anunciara en 1935 y que ahora vuelve a anunciar como continuación de esta filosofía de las ciencias.

García Bacca ha arquitecturado este libro con un criterio que contrasta con el de la mayoría de los tratados semejantes, pues en él reproduce las más importantes memorias clásicas de la teoría de la relatividad restringida y generalizada (Lorentz, Einstein, Minkowski, Weyl), añadiendo una selección de textos de axiomática relativista (Reichenbach, Hamel) y aclarando y explicando tales memorias y textos con notas y comentarios. Estos comentarios, uno de los cuales es reproducción del capítulo final de la tesis doctoral, y la introducción y conclusión del libro, contienen la exposición de las cuestiones epistemológicas que la física actual ha aportado, y que ha de servir para el planteo y tratamiento del problema ontológico de la física, finalidad que, como vimos, es la que el autor persigue en sus investigaciones.

Con una adecuada imagen García Bacca fija las relaciones de la física actual con la naturaleza, con esa naturaleza que la ciencia física pretende estudiar, pero con la cual muestra un divorcio cada vez más radical, ya que el simbolismo abstracto en que poco a poco se va convirtiendo la física de hoy, le confiere un aspecto irreal y fantástico cada vez más alejado de la fisonomía natural de los fenómenos del mundo exterior.

El físico, dice García Bacca, hace ciencia partiendo de esos fenómenos, como el arquitecto hace un edificio partiendo de las piedras en su aspecto y formas naturales. Como éste reconstruye de otra manera esos elementos naturales de acuerdo a un plan, así el físico, también de acuerdo a un plan, reconstruye los fenómenos para darnos el edificio científico. En un caso como en otro ni el plan ni el material bruto constituyen lo esencial; pretender que la física no sea más que lo natural es como si "la arquitectura se hubiera propuesto no emplear más materiales que los directamente dados por la naturaleza y según sus formas naturales". (Con eso no habríamos salido del plan troglodita, comenta pintorescamente García Bacca).

El plan que utiliza la física para levantar su edificio lo constituyen la lógica y la matemática, de ahí que ninguna maravilla ya ha de despertar la concor-

dancia existente entre la física y la matemática, pues no es más que la concordancia existente entre un edificio y el plan que ha servido para ser construído. Pero esta concordancia no significa identificación: pretender que la matemática sea constitutiva de lo real, como en la célebre frase de Galileo, es como pretender que el plano del edificio sea un elemento constitutivo de las piedras con que se levantará.

Hasta aquí la imagen de García Bacca es muy acertada: no hay duda que la física construye sus teorías partiendo del material bruto que le proporciona la naturaleza y mediante un plan que le ofrecen la lógica y la matemática, como la arquitectura construye edificios partiendo de las piedras informes y mediante un plan determinado, pero toda imagen es engañosa o, por lo menos, incompleta: y es también indudable que un edificio nada dice de las piedras ni de las canteras que se han utilizado en su construcción, mientras que la ciencia natural dice algo o hace referencia, de una manera propia y peculiar, al material bruto que la naturaleza le ofrece.

Se plantea así el problema de la relación entre la ciencia física y la naturaleza, cuya solución, según el autor, parece encontrarse en la teoría kantiana del conocimiento, pero, como en los folletines policiales, habrá que esperar la próxima entrega para saber como el detective Kant atrapa esa escurridiza y enigmática relación.

Dentro de la dirección general de la física, la teoría de la relatividad ocupa una posición de transición entre la física clásica y la física actual; es algo así como la vida intrauterina de la física actual que, antes de nacer, ha vivido en el seno y de la sangre de su propia madre: la física clásica. García Bacca justifica históricamente esa posición mostrando el lugar que ocupa la teoría de la relatividad entre las etapas de la física que él llama intuicionismo clásico y simbolismo.

El intuicionismo clásico se caracteriza por la identidad entre lo sensible, lo lógico, lo algebraico y lo geométrico. Afirmando sólidamente el supuesto básico de la inteligibilidad de lo real, toda la física es subordinada a lo racional (lógica y matemática). “La radiografía que de la física saca la inteligencia no contiene estructuras lógico-matemáticas”.

En términos más filosóficos: la física clásica no es más que una especificación de lo ideal, y para ella no hay una esfera óptica propia.

Entre esta etapa inicial de la física: intuicionismo clásico, y la etapa actual: simbolismo abstracto, García Bacca intercala una etapa intermedia que se nos aparecerá ya como un intuicionismo restringido o ya como un simbolismo incipiente. Hay en esta etapa, ante todo, una formalización del intuicionismo clásico, que se revela por la aparición de las coordenadas, por el predominio de lo algebraico sobre lo geométrico, pero este “proceso formalizador clásico trabaja sobre la formulación viva, rebotante de vitalidad histórica propia del período anterior, y saca, a lo más, todos los elementos formales en ella incluidos”. Así, por ejemplo, para el tiempo: “déjese morir históricamente la noción helénica de tiempo; el esqueleto que quede posee la forma del tiempo de la física clásica; es el tiempo helénico formalizado”.

La constitución de la física matemática: “sacar la ley matemática por radiografía o formalización de lo sensible de la intuición”, es otra de las características de esta segunda etapa, con su secuela de generalizaciones y reabsorciones de teorías clásicas que se refunden en nuevas teorías o que constituyen primeras aproximaciones de ellas. Por último, en esta etapa aparecen la teoría de la relatividad y la de los cuantos, en las que la figuración sensible ya no muestra conexión con las fórmulas analíticas. Lo sensible no se halla ya subordinado a lo ideal sino coordinado a él. “La subordinación —esencial o no— que el intuicionismo clásico admitía entre figuración sensible, figura pura, fórmula analítica y ley lógica permitía “definir” lo sensible por su esencia analítica, por su fórmula algebraica, su alma matemática: al quedar, empero, patente la inconexión entre lo sensible y lo analítico no cabe ya una subordinación y, por tanto, una definición matemática de lo real sensible, sino solamente una coordinación por un acto arbitrario”.

Es así como en la teoría de la relatividad se presentó, por primera vez en la historia de la física, este nuevo tipo de definición: las definiciones por coordinación, que acentuaron el carácter abstracto de esa ciencia y permitieron más cómodamente un tratamiento axiomático de la misma. Por ejemplo, nada hay en los fenómenos naturales que denuncie si el transporte de la unidad de medida altera su magnitud; ese hecho no está dado y, de admitirse, debe definirse; no está subordinado a lo real si no se coordina con él mediante un acto de voluntad plasmado en una definición convencional que así lo establece.

La etapa actual en la que se encuentra la física, y que García Bacca deno-

mina simbolismo abstracto, “consiste esencialmente en romper la continuidad entre las figuraciones sensibles de lo geométrico por una parte, y lo algebraico y lógico por otra. Y esto en todos los órdenes y no únicamente en algunos casos, como lo hacen la teoría de la relatividad y la teoría cuántica. Desde este punto de vista, el simbolismo abstracto es una dirección de la física moderna, no un hecho científico establecido y concluso”.

En esta trayectoria de la física, el papel de la matemática ha variado, pasando del medir (física clásica), a través del contar (teoría de la relatividad generalizada), al cálculo de probabilidades (física actual). O sea: desde el punto de vista del sujeto de la física; de un sujeto individual, a través de un tipo individual indeterminado, a un sujeto colectivo.

A pesar de la dificultad que entraña, estimamos que García Bacca ha logrado el fin que se ha propuesto con su libro, escrito “bizqueando: mirando hacia los filósofos y los físicos desde el punto de vista de la cultura general; de manera que el filósofo halle en esta obra un cierto complemento y campo concreto para sus especulaciones sobre filosofía de las ciencias, y el físico encuentre una prolongación de sus especialidades en dirección hacia la filosofía, hacia el sentido total del universo”.

Para terminar dos palabras acerca del estilo de García Bacca: estilo original, pero con altibajos; salpicado de imágenes, de esas que asombran y a veces indignan a los científicos profesionales, y de un valor irregular. De cuando en cuando, neologismos curiosos (“figural”, “vigir”) y expresiones que, aún siendo correctas gramaticalmente, chocan por lo desusadas (“el método axiomático se ha frente a una ciencia”; “definidas de vez en el mismo pie de igualdad”).

Después de la lectura del libro de García Bacca, el esquema del universo de Crowther no se sostiene. El libro pretende ser una muestra de un nuevo arte: el periodismo científico, que consistiría en “transportar al público la atmósfera y los hechos de las investigaciones científicas recientes”, que sería “ante todo, social”, etc.

En este libro se trata de las “investigaciones científicas recientes” sobre un montón de cosas, desde los islotes de universo hasta la sociedad moderna; todo eso en menos de 350 páginas; dedicando unas 150, repartidas casi por igual, a la astronomía y a la física, otras tantas a la biología, unas 30 páginas a algunas

corrientes psicológicas (Freud, Jung, Adler) y las últimas 20 páginas a la historia y a la sociedad. El orden es unifilar: se pasa de lo inorgánico a lo orgánico, a través de los coloides y de los virus filtrables; y se pasa de la vida animal a la vida humana, a través de los perros de Pavlov y de los monos de Köhler, concluyendo con la siguiente moraleja: "El hombre debe intentar ahora imitar a la naturaleza y organizar su sociedad de un modo tan eficiente como la naturaleza ha organizado la comunidad de células que compone nuestro cuerpo". ¿Será esta conclusión un ejemplo de la acción social del flamante periodismo científico?

El carácter tendencioso del libro, impregnado de un monismo ingenuo ya superado, le resta valor. Por lo demás, está bastante bien informado, aunque en algunos asuntos no es muy actual. Creemos que esto no se debe a falta de información, sino a que el libro original ha de datar de varios años atrás. Nada puede averiguarse a este respecto, pues faltan por completo en el libro esa serie de indicaciones que los editores cuidadosos no omiten: título y fecha de edición del libro original, fechas de las ediciones posteriores y de sus traducciones, etc.

En definitiva: un libro de divulgación científica, no siempre de primera mano, pues en la bibliografía que cita abundan los libros de divulgación y, a veces, ni debidos a científicos profesionales.

JOSÉ BABINI

HOMENAJE A WINSTON CHURCHILL

En la comida con que se festejó el cumpleaños del Primer Ministro inglés, realizada en "Ambassadeurs", el 28 de noviembre ppdo., hablaron Victoria Ocampo, en nombre de SUR, y María Rosa Oliver, nuestra colaboradora, en representación de la Junta de la Victoria. Reproducimos sus palabras.

DISCURSO DE VICTORIA OCAMPO.

No hay refrán que afirme: "Dime a quien admiras y te diré quien eres". Sin embargo es una verdad de esas que merecerían convertirse en refrán.

Nuestras admiraciones revelan siempre elección; elección revela preferencia; preferencia revela personalidad.

Si el nombre de Winston Churchill ha bastado para reunir, aquí, personas de diversas tendencias, medios y actividades, es porque ese nombre implica muchas cosas a la vez. Pero significa, principalmente, para nosotros todos, en este momento de la historia, la defensa de un ideal compartido y la esencia misma de Inglaterra. De Inglaterra "at her best".

Sin embargo, para el pequeño grupo de escritores al cual pertenezco y para quien el valor máximo es eso que Bergson llama "energía espiritual", Winston Churchill tiene, fuera de sus demás títulos, un título que transparenta, a nuestros ojos, su jerarquía interior: el de haber comprendido la grandeza de uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época y el de haberlo expresado en términos exactos y definitivos. Me refiero al Coronel Lawrence, a Lawrence de Arabia: una de las glorias más auténticas de Inglaterra en su doble calidad de soldado y de escritor. Escribió Winston Churchill a propósito de Lawrence: "... el dinero, el confort, la fama, el poder mismo significaban poco para él. El mundo moderno no tenía cómo ejercer sobre él la menor presión". En efecto, nada podía sobornarlo, nada lograba alterar el metal de que estaba hecho el autor de *Los siete pilares de la sabiduría*. Meditar sobre ese ejemplo de valentía física y moral, y de soberano desprendimiento, sería hoy más que nunca saludable para todos los hombres, especialmente para los que llevan sobre sus espaldas el peso y el honor de las grandes responsabilidades.

Creo rendir homenaje a Winston Churchill pronunciando esta noche, junto a su nombre, el de su amigo el Coronel Lawrence, y estoy segura de que él mediría el alcance de esta aproximación.

Y estoy segura de ello porque Winston Churchill ha dicho de Lawrence lo siguiente: "Estimo que es uno de los seres más grandes de nuestro tiempo. No veo a nadie que lo iguale. Me temo que por muchos que sean nuestros apuros, nunca volveremos a ver a nadie que se le asemeje".

Estamos atravesando la hora en que se hace sentir la necesidad de héroes como él.

Pero Winston Churchill, puesto que él mismo existía, era uno de los que menos podía temer, llegada la hora, que Inglaterra no encontrara hombres del temple de su amigo para defenderla.

Que Winston Churchill sepa que hay aquí un grupo de argentinos fervientes de las cosas del espíritu "sin las cuales todo es ceniza y fango"; un grupo (y poco importa que sea pequeño, porque en esta clase de ejércitos lo que cuenta no es el número) que sabe que él fué amigo y admirador de Lawrence.

Que sepa que el sentido de esa amistad y de esa admiración no se nos oculta y que lo estimamos más que el mayor de los títulos, pues significa que para Winston Churchill, conductor de los destinos de Inglaterra, el mundo tan amenazado de los valores morales y espirituales —el que queremos salvar a cualquier precio— existe. Que existe con una fuerza invencible que nos conforta y alienta; que no podemos ponerla en duda, como no podemos poner en duda el heroísmo diario, paciente e inagotablemente milagroso del pueblo inglés.

DISCURSO DE MARÍA ROSA OLIVER:

A esta fiesta que realizamos en homenaje a Winston Churchill vengo a traer el saludo de la "Junta de la Victoria". Es el saludo de un grupo cada día más numeroso de mujeres argentinas cuya mayor tarea consiste actualmente en ayudar a los pueblos que luchan contra el nazismo. En nuestros talleres, junto a los retratos de los otros jefes de las naciones aliadas, nos sonrío continuamente la cara bonachona del Primer Ministro británico, y la frase: "Churchill ha dicho", se oye sin cesar entre el ruido de las agujas de tejer y las voces femeninas que piden lana, bonos, y ofrecen su trabajo.

Y las palabras que "Churchill ha dicho" circulan de boca en boca, alentándonos, acelerando el ritmo de la tarea. Porque Churchill en sus discursos se refiere siempre a algo sin lo cual no se puede hoy trabajar bien: la unión frente al nazismo. La voluntad de unión para poder vencer a quienes tienen por táctica dividir para dominar. Y está bien que Churchill repita su pedido de unión porque no todos los que desde lejos se oponen al fascismo lo han comprendido. No todos comprenden que quien ayuda a Rusia no es forzosamente un comunista ni quien está con Inglaterra es inevitablemente conservador, si puede llamarse así a un pueblo que se renueva a diario por el sacrificio. No todos advierten que cayendo en cualquiera de estos dos equívocos le hacen el juego al enemigo. Las palabras de Churchill rectifican siempre este error; por eso se las repite allí, donde mujeres de las más diferentes ideologías, de los más distintos medios, de los más diversos orígenes, se unen para trabajar, como una sola persona, por la causa común.

Desde allí, donde bajo su mirada sonriente se van apilando tricotas, guantes, calcetines y pasamontañas, hechos con lana argentina, para los soldados de los ejércitos libertadores, le enviamos a Churchill nuestro saludo.

Desde allí, donde en estos días cálidos de jacarandás en flor se trabaja para los soldados que en las estepas heladas de Rusia, en los desiertos áridos del África y en los valles devastados de China, luchan por nosotros, le hacemos a Churchill la promesa de no cejar en la tarea hasta obtener la victoria. De trabajar a la par de las mujeres británicas, rusas y chinas, para que triunfe la causa de la esperanza, la causa que hará posible el advenimiento de un mundo más libre y mejor.

Cinematógrafo

EL Dr. JEKYLL Y EDWARD HYDE, TRANSFORMADOS

Hollywood, por tercera vez, ha difamado a Robert Louis Stevenson. Esta difamación se titula *El hombre y la bestia*: la ha perpetrado Victor Fleming, que repite con aciaga fidelidad los errores estéticos y morales de la versión (de la perversión) de Mamoulian. Empiezo por los últimos, los morales. En la novela de 1886, el doctor Jekyll es moralmente dual, como lo son todos los hombres, en tanto que su hipóstasis —Edward Hyde— es malvada sin tregua y sin aleación; en el film de 1941, el doctor Jekyll es un joven patólogo que ejerce la castidad, en tanto que su hipóstasis —Hyde— es un calavera, con rasgos de sadista y de acróbata. El Bien, para los pensadores de Hollywood, es el noviazgo con la pudorosa y pudiente Miss Lana Turner; el Mal (que de tal modo preocupó a David Hume y a los heresiarcas de Alejandría), la cohabitación ilegal con Fröken Ingrid Bergman o Miriam Hopkins. Inútil advertir que Stevenson es del todo inocente de esa limitación o deformación del problema. En el capítulo final de la obra, declara los defectos de Jekyll: la sensualidad y la hipocresía; en uno de los *Ethical studies* —año de 1888— quiere enumerar “todas las manifestaciones de lo verdaderamente diabólico” y propone esta lista: “la envidia, la malignidad, la mentira mezquina, el silencio mezquino, la verdad calumniosa, el difamador, el pequeño tirano, el quejoso envenenador de la vida doméstica”. (Yo afirmarí que la ética no abarca los hechos sexuales, si no los contaminan la traición, la codicia, o la vanidad).

La estructura del film es aún más rudimental que su teología. En el libro, la identidad de Jekyll y de Hyde es una sorpresa: el autor la reserva para el final del noveno capítulo. El relato alegórico finge ser un cuento policial; no hay lector que adivine que Hyde y Jekyll son la misma persona; el propio título nos hace postular que son dos. Nada tan fácil como trasladar al cinematógrafo ese procedimiento. Imaginemos cualquier problema policial: dos actores que el público reconoce figuran en la trama (George Raft y Spencer Tracy, digamos); pueden usar palabras análogas, pueden mencionar hechos que presuponen un pasado común; cuando el problema es indescifrable, uno de ellos absorbe la

droga mágica y se cambia en el otro. (Por supuesto, la buena ejecución de este plan comportaría dos o tres reajustes fonéticos: la modificación de los nombres de los protagonistas). Más civilizado que yo, Victor Fleming elude todo asombro y todo misterio: en las escenas iniciales del film, Spencer Tracy apura sin miedo el versátil brebaje y se transforma en Spencer Tracy, con distinta peluca y rasgos negroides.

Más allá de la parábola dualista de Stevenson y cerca de la *Asamblea de los pájaros* que compuso (en el siglo XII de nuestra era) Farid ud-din Attar, podemos concebir un film panteísta cuyos cuantiosos personajes, al fin, se resuelven en Uno, que es perdurable.

J. L. B.

Las Revistas

LETTRES FRANÇAISES, N° 2, Buenos Aires, octubre de 1941.

R. C.: *Devoirs et privilèges des écrivains français à l'étranger*. Palabras que testimonian una lúcida, grave y meditada responsabilidad. Se recuerda esta advertencia de Emmanuel Mounier aparecida en "Esprit" (marzo de 1941). Dice Mounier, al referirse al equívoco que amenaza separar a los franceses de la zona ocupada de los de la otra zona: "Durante los meses de guerra promovimos la cuestión de la vanguardia y de la retaguardia. A pesar de todo constituimos, al menos psicológicamente, una especie de retaguardia con respecto a los franceses de la zona ocupada. El menor de nuestros descuidos o el más aturdido de nuestros egoísmos, cada paso en falso, los sentirán del otro lado como el combatiente sentía la ligereza o la incomprensión del civil. Podrían tener por consecuencia un lamentable equívoco del cual seríamos nosotros los más responsables, por ser, también, los más afortunados". Y estas obligaciones y precauciones se encarecen para los escritores que se encuentran actualmente en países extranjeros, pues "hay mucho que redimir por el solo hecho de encontrarse lejos de ellos en los momentos de prueba". Se define una disciplina y un deber. La primera: moderación en el uso de la libertad de que gozan para expresarse (esto no significa cómoda prudencia, neutralidad o silencio); el segundo: "consagrarse a ser los intérpretes atentos de sus camaradas reducidos a expresarse con balbuceos". El laudable esfuerzo de "Lettres Françaises" cobra sentido al inscribirse en

esta perspectiva. — PAUL VALÉRY: *Discours sur la mort de Bergson*. Nos trae la imagen de un entierro realizado en las condiciones "necesariamente más simples y necesariamente más emotivas". Valéry no se propone tratar la filosofía bergsoniana. Evoca en breves trazos el perfil del hombre en su conjunto: gran filósofo, gran escritor, gran amigo de los hombres. "El verdadero valor de la filosofía no es sino retraer el pensamiento a sí mismo. Este esfuerzo exige de aquel que desea escribir y comunicar lo que vislumbra de su vida interior una aplicación especial, y hasta la invención de una manera de expresarse adecuada a su intento, porque el lenguaje expira en su propia fuente. Y aquí se manifiestan todos los recursos del genio de Bergson". — DENIS DE ROUGEMONT: *Trois paraboles (A la porte du jardin. Le marché de l'aube. Le coup de pistolet)*. Bellas y con lograda fuerza sugestiva. — ANTHOLOGIE DE LA NOUVELLE POÉSIE FRANÇAISE. I ("Estos poemas, de distinta inspiración y desigual valor, sólo tienen en común el ser posteriores al armisticio. Casi todos han sido tomados de "Cahiers du Sud", que dirige Jean Ballard en Marseille, y de "Poésie 41", que publica Pierre Seghers [Angles] y que continúa la revista "Poètes Casqués". Lamentamos no haber podido obtener nada de "Fontaine", que aparece en Algeria bajo la dirección de Max-Pol Fouchet y de la cual ningún número parece haber cruzado el Atlántico. Tal vez esta imperfecta antología, que durante muchos números mezclará los nombres conocidos a los desconocidos, logre dar una idea de las tendencias de la poesía francesa más reciente". N. D. L. R.)

LUCIEN BECKER: *Poème*. RENE-GUY CADOU: *Fausses Présences*. PAUL ELUARD: *Mourir; Finir*. GEORGES NEVEUX: *Le nouveau-né; La charité; Le poisson gris*.

EMMANUEL MOUNIER: *La France entre la fidélité et l'imagination*. En este paréntesis de la vida nacional francesa, no hay problema más grave y urgente que el problema de la fidelidad. Lo menos que pueden formar los jóvenes de Francia es una "conjuración de fieles, la cruzada del coraje intelectual". "Ser fiel no es estar intacto". (¡Cuánta razón tiene al afirmar que nadie puede considerarse intacto después de lo acaecido en junio de 1940! Con todo, no faltan los tristes ejemplos de intelectuales "intactos"). "*Fidelis* es guardar su fe y entregarla siempre joven y creadora a la siempre joven historia". TEXTES À RELIRE: ERNST RENAN: *Lettre à David Strauss*.

AGONÍA, Buenos Aires, abril-junio de 1941.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA: *Palabras liminares*. El autor pregona la posición unamuniana de esta revista: "Agonía dijo: el Hombre, y aclaró, el hombre de carne y hueso; cada uno de ellos". Hablar de sí mismo y sólo de sí mismo es excelente: evita generalizaciones equivocadas. Pero hay un indicio que mide la calidad de esta actitud: los grandes escritores saben hablar siempre de sí mismos sin que nadie lo advierta. — MARCOS VICTORIA: *Canción*. — HUGO MANNING: *The influence and theories of Sigmund Freud*. Exposición seria y objetiva del tema propuesto, sin las desviaciones comunes a los artículos de divulgación. — ANDRÉS DE PIEDRABUENO: *Analogía* (poema). — VERA FONTANELLA: *Il quinto turacciolo*. Muy bueno es este cuento tomado de una obra inédita del autor. — LLOYD MALLAN: *Sketches of the*

city: selección de un poema más extenso de este poeta, crítico y periodista norteamericano. — CRISTOVAN DE CAMARGO: *O Patriota, O Devoto*. Dos sugestivas parábolas. — C. V. WICKER: *Timé, Dead Music, The great Wall* (poesías). — A. B. IP-CHEONG: *Algo sobre Confucio*. Útil exposición de carácter informativo sobre la personalidad del gran filósofo, sabio y político chino. — JORGE LEYES LLOVERAS: *Resonancia. Recuerdo de un espíritu lejano* (dos poemas). — JEAN PIERRE PERRIN: *Pour un groupement des esprits libres*. Es verdad: la libertad de pensamiento sólo existe en teoría. El autor invita a los espíritus libres para que salgan de su aislamiento y se agrupen. Señala uno de los propósitos: denunciar al fariseísmo y a los fariseos de nuestro tiempo. Todo ello es encomiable. Pero se rechaza la idea de una logia o sociedad, porque el espíritu libre no puede someterse al régimen de una disciplina. Por eso le replicamos: en los tiempos que corren no bastan las palabras. Bien vale sacrificar algo (casi siempre, sólo ese vano juego de la inteligencia), para convertir en acción nuestro propósito desgraciadamente vago e irresponsable hasta ahora de defender el espíritu y la cultura. — PATRICK ORPEN DUDGEON: "*There's rosemary, That's for remembrance...*" Sentida nota sobre Virginia Woolf. — BENITO MUSSOLINI: *L'ora e gli orologi* (artículo de fondo aparecido en el *Popolo d'Italia* el 6 de abril de 1920). ¡Qué magnífica exhumación la de este Don Benito Mussolini anárquico y vociferador contra "lo Stato, machina tremenda che ingoia gli uomini vivi e li rivomita cifre morte!"

NOSOTROS, Buenos Aires, septiembre de 1941.

RAFAEL ALBERTI: *La arboleda perdida*. Clara y viva prosa de un admirable poeta.

Este fragmento nos hace desear el libro completo. — MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ: *Desde el alba a la estrella* (poemas). — CÉSAR CARRIZO: *La montonera se va...* (Aire de romance) 1863. Estas páginas —de literatura un poco grandilocuente— evocan acontecimientos vinculados al Chaco y ponen en primer plano a Rosaura de Santibáñez y a su enamorado, el capitán Maidana. — ADOLFO D. HOLMBERG: *El mal de prudencia*. Artículo sobre los graves inconvenientes que el espíritu del “honrado comerciante de Birmingham” acarrió a Inglaterra y al mundo. Pero no podemos creer que Inglaterra ignorara — como piensa el autor — la magnitud del poderío militar alemán, la importancia de su posición estratégica y de sus conquistas diplomáticas. — NELLA PASINI: *La obra poética de Ada Negri*. Pulcro ensayo que revela la fina sensibilidad de su autora. — STELLA CORVALÁN: *Perfil de Chile* (poema). — ENRIQUE MALLEA ABARCA: *Dos novelistas jóvenes*. (Se comentan los libros “Es difícil empezar a vivir” de Verbitsky y “Tierra de nadie” de Onetti). — ARIEL MAUDET: *Louis Jouvet*. Reseña unisonante y elogiosa de la temporada dramática francesa del Teatro Odeón. Hubiéramos deseado una crítica más viva: con más calor en la adhesión y claridad en los reparos.

ATENEIO PUERTORRIQUEÑO, octubre, noviembre y diciembre de 1940.

JOSÉ ANTONIO DÁVILA: *La crítica como orientadora de nuestra cultura*. Reclama una crítica que guíe la cultura puertorriqueña. “Es eminentemente apetecible, es imperativamente necesario que nuestra crítica se ocupe de nuestro arte”. Señala en la literatura, como “vicios” más notables: imitación, pseudoidealismo, pseudocasticismo, oropel lírico, efecticismo y pseudonativismo. — MIGUEL

MELÉNDEZ MUÑOZ: *Cuentos de la Carretera Central*. Tres actos muy breves. Ocho personajes. Argumento sin interés. Diálogo malo. — ENRIQUE A. LAGUERRE: *Pacholí*. Este cuento tiene momentos felices. — EMILIO S. BELAVAL: *Visión de un Pueblito de antes en la poética de Virgilio Dávila*. — VICENTE GEIGEL-POLANCO: *Frente al problema educativo de Puerto Rico*.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA, N° 25, Caracas-Venezuela, enero y febrero de 1941.

De la Segunda Exposición del libro venezolano: RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ: *Historia de una Historia*. M. PASCUCHI: *Grandeza y miseria del libro*. Nuestros ensayistas: S. KEY-AYALA: *El epigrama en Venezuela* (Extracto del ensayo inédito: *La sátira venezolana*) Historia y análisis de este género en las letras venezolanas. De carácter informativo. Abundantemente ejemplificado. GABRIEL ESPINOSA: *La filosofía imaginativa de Marcel Proust*. *Psicología estática y psicología dinámica*. — *Cuento venezolano*: JULIO ROSALES: *El can de media noche*. Este cuento, aunque ocupa sólo cuatro páginas, deja la impresión de ser demasiado extenso. Carece de sugestión. Abunda en literatura chabacana. — *Poesía*: LUZ MACHADO DE ARNAO: *Romance del amor perdido*. — *Notas americanas*: LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Sobre un cuarto centenario más: el de Santiago de Chile, y la adultez de un continente*. — ALONE: *De Díaz Mirón a Ruben Darío* (Libro de Roberto Meza-Fuentes). GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS: *Interpretación de la poesía femenina*. Insoportable artículo que se basa en la más estrecha interpretación psicoanalítica del arte. No nos satisfacen ni podemos aceptar las convicciones del autor. Es demasiado sencillo decir que “la poesía es sexual, reprimida o idealista, y de índole social, y que no puede ser otra

cosa". Y es injusta su apreciación del desarrollo histórico del arte como "Superación y retorno a la sexualidad: he aquí el vaivén del arte". — *Arqueología comparada*: GILBERTO ANTOLÍNEZ: *Figuración del Otro Yo en nuestro arte pre-hispánico*. — *Letras europeas*: ULRICH LEO: *Luigi Pirandello: Simbolista de la máscara* (Renovación ensanchada de una conferencia universitaria del autor, publicada en alemán, en 1933). Primera parte de un estudio que continuará. — *Hombres de América*: EMILIA BERNAL: *Rapsodia Martiniana*. Primera parte de una entusiástica evocación del gran escritor y apóstol. Algunas arbitrariedades: "¿Ni qué importa, tampoco, en casos descomunales, de dónde se viene, de dónde se nace? Los padres de así, sólo son un accidente..." "¡Los elegidos de Dios no tienen infancia!". — *Artistas venezolanos*: FRANCISCO RICHTER: *Apuntes biográficos del actor Teófilo Leal*.

Nº 26, marzo y abril de 1941.

Editorial: Venezuela y Colombia y la solidaridad continental.

Nuestros ensayistas: GABRIEL ESPINOSA: *La filosofía imaginativa de Marcel Proust*. (Conclusión). Ante todo el autor advierte que en su trabajo no hay ninguna consideración acerca de Proust como novelista. Sostiene que ni la disociación de la personalidad ni tampoco la condensación del yo fueron originalmente postuladas por Proust. (Recuerda la obra de Amiel y la filosofía de Maine de Biran).

GUILLERMO MENESES: *Indagaciones. Una oración y una pantomima*. — *Novelistas venezolanos*: ALEJANDRO GARCÍA MALDONADO: *Un capítulo de "Recintos anónimos"* (Novela inédita). — VIRGINIA PEREIRA-ÁLVAREZ: *El Ávila mira hacia abajo*. Dos capítulos de

una novela escrita en inglés y traducida por su misma autora.

Trabajos de seminario: DOMINGO CASANOVAS: *La filosofía en Venezuela*.

Hombres de América: EMILIA BERNAL: *Rapsodia Martiniana*. — ARTURO CAPDEVILA: *Leopoldo Lugones, el Semidiós* (Córdoba. Capítulo V). — *Cuentos de mujer*: TÍA ISABEL: *La primera derrota de "Maneritas"*. — *Teatro venezolano*: E. CREMA: *Orquídeas azules*. Elogio de la obra teatral de Lucila Palacios. — *Apostilla*: EDUARDO CARREÑO: *Silva contra Darío*. — *Letras hispano-americanas*: JAIME BARRERA: *Itinerario irregular del Ecuador*. — LUIS ARAQUISTAIN: *La cultura y la guerra*.

REVISTA DE LA ASOCIACIÓN DE MUJERES GRADUADAS. Universidad de Puerto Rico, julio de 1941.

CONCHA MELÉNDEZ: *La representación de Hispanoamérica en la Conferencia Interamericana de Escritores*. Algunos datos informativos sobre la obra y significación de estos intelectuales: Ernesto Montenegro, Mariano Picón-Salas, Ciro Alegría, Jorge Mañach. "La Conferencia Interamericana de Escritores puso ante mí, con toda su angustiosa realidad, el conflicto del escritor de hispanoamérica, siempre obligado a dejar su verdadera vocación en segundo término, mientras pone lo mejor de sus energías en el menester con que resuelve sus necesidades materiales". — CIRO ALEGRÍA: *El Río, los hombres y las balsas*. — JORGE MAÑACH: *El poeta José María de Heredia*. Breve relación de la vida. Estudio y valoración histórica de su poesía. Al enfrentar la obra de este poeta con la sensibilidad estética actual, Mañach sostiene que "la poesía de Heredia es una poesía periclitada. Habla un lenguaje poético distinto del nuestro, y necesita

asistirse, para su estimación, del fervor patriótico o del regodeo en las puras sonoridades verbales, en los meros ritmos externos". — MARIANO PICÓN SALAS: *Puerto Rico y el mito de la juventud*. — MARIANO PICÓN SALAS: *Meditación alemana*. El autor intenta una interpretación objetiva de los hechos alemanes. "En Alemania se ha verificado una Revolución, no en el sentido de reparto económico que le dan los marxistas, sino en cuanto se han invertido profundamente los valores que hasta ahora inspiraron y guiaron la Civilización europea". Alemania no debe oponerse, como lo hace ahora, a lo "cristiano" y a lo "clásico". Debe volver al camino señalado por Kant y Goethe que "representan las dos mayores tentativas de armonizar e integrar lo particular alemán dentro de la doble tradición universalista que venía de la Antigüedad clásica y del Cristianismo". Creemos que de esta manera se contempla sólo un aspecto del asunto. En lo fundamental repercuten en Alemania problemas económicos y sociales de alcance mundial. — ERNESTO MONTENEGRO: *La importancia del traductor en las relaciones literarias entre las Américas*. — NILITA VIENTOS GASTÓN: *La representación de Estados Unidos en la Conferencia interamericana de escritores*. (Archibald MacLeish, Morris Bilbert Bishop, William Carlos Williams y Robert Morss Lovett). — ARCHIBALD MAC LEISH: *Inmortal Autumn; Men* (dos poemas). — W. C. WILLIAMS: *An informal discussion of poetic form*. — MORRIS: *How to write a biography*. — ROBERT MORSS LOVETT: *Shakespeare in relation to this Age*.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, Nos. 39 y 40, 3ª serie, tercero y cuarto trimestres de 1940.

EUGENIO ORREGO VICUÑA Y MAX JARA: *Camino adelante*. Comedia en trece cuadros.

De tono moral y alegórico. Algunos brevísimos instantes de poesía. — GRACIELA ILLANES ADARO: *La naturaleza de Chile en su aspecto típico y regional a través de sus escritores*. El procedimiento de este interesante estudio es sencillo y eficaz: se presenta el paisaje y, paralelamente, lo que sugiere a los escritores. Chile es recorrido de norte a sud. Pensamos que un trabajo de esta naturaleza sería útil referido al paisaje de nuestro país.

LA FRANCE LIBRE, N° 10, Londres, agosto 15 de 1941.

ANDRÉ LABARTHE: *Jours d'épreuve*. Dos consecuencias de las dificultades que soporta el ejército alemán en Rusia se acentúan particularmente en Francia: 1) aumento progresivo de las necesidades del Reich; 2) presión intensificada sobre los países ocupados. "El pueblo francés no se alzó nunca con tanta fe contra el enemigo y los colaboradores del enemigo como cuando el gobierno de Vichy entregó la Indochina al Japón". Maurras escribió en "L'Action Française" que una de las grandes ventajas del armisticio fué salvar el Imperio. Lo desmienten la doble tragedia de la lucha fratricida en Siria y la pérdida de Indochina. Análisis de las desventajas que trae para Francia el pacto entre Japón y Vichy. "Mientras más denunciemos las culpas de los dirigentes y nos oponemos a toda confusión entre el pueblo y sus gobernantes ocasionales, más nos repetimos: la nación francesa continúa siendo digna de sí misma". — HUBERT RIPKA: *La France et l'Europe centrale*. Lejano origen del problema de sus relaciones recíprocas. Bosquejo histórico. Sorprendente analogía entre los acontecimientos de 1618 y 1938. "La política francesa con las pequeñas naciones de la Europa Central era la más lógica, por lo menos

hasta la gran crisis". Análisis de los factores que conducen a una actitud pasiva frente a la presión política y económica de Alemania en la Europa Central. Munich: "la brecha que permitió a las fuerzas del mal esparcirse por Europa" (Sería bueno recordar a España, cuya guerra civil fué anterior a la entrega de Munich). — JACQUES MARITAIN: *Christianisme et démocratie* (fragmento de su último libro. "Las democracias occidentales no serán arrasadas, si descubren en la pureza su principio vital, que es la justicia; la justicia y el amor, cuya fuente es divina; si, al re-encuentrar a Dios, reencuentran el sentido de la justicia y del heroísmo". — VINCENT SHEEAN: *La tradition de l'amitié franco-américaine*: Destaca un hecho debido a complejas razones históricas: Francia significa para la mayoría de los países americanos mucho más que cualquier país europeo. — J. W. BEYEN: *L'organisation de la future bataille contre le chômage*. Hasta cierto punto se puede decir —como escribe el autor— que "es un error suponer que la sola seguridad económica sea un ideal que pueda satisfacer y hasta entusiasmar a las masas". Pero hay que empezar por algo. Y si lo que perseguimos es asegurar la dignidad de la condición humana, debemos afrontar también estos problemas y buscar su más justa solución. — *L'offensive enlisée*: Análisis de algunos aspectos de la guerra germano-rusa. — LT.-COLONEL PIJEAUD: *L'aviation dans la guerre moderne*. El autor estudia la organización y actuación de la aviación alemana con el propósito de extraer las ideas generales acerca del papel que la aviación puede desempeñar en la guerra moderna. — BLANCHE E. C. DUGDALE: *La France et l'Ecosse*. Amable artículo sobre la afinidad que une a los franceses y escoceses. — DENIS SAURAT: *L'indécision de Vigny*. Reúne algunos ras-

gos que caracterizan la actitud vital de Vigny. "Quizá Vigny fué el primero de los grandes poetas que advirtió el encanto de la debilidad, la belleza de la indecisión". Pero no hay circunspección en hacer aparecer el nombre de De Gaulle como portavoz de las esperanzas de una nueva Francia decidida y enérgica, contrapuesta a la Francia indecisa de Vigny. — RENÉ THIBAUT: *La Chartreuse de Parme: portrait du héros*. Discreto artículo sobre esta novela de Stendhal, considerada como la expresión más completa del "beylismo". Esquema del héroe stendhaliano. — ROBERT VACHER: *L'effort de guerre de L'Angleterre*. — *La France Libre* incluye en este número la reproducción de algunos de los diarios que circulan clandestinamente en Francia. Vigoroso testimonio de la voluntad de libertad que honra al pueblo francés.

Nº 11, septiembre 15 de 1941.

ANDRÉ LABARTHE: *Un monde lourd de courage*. En la guerra presente —dice el autor— la historia ha desafiado la matemática de los acontecimientos. La coalición inglesa, rusa y americana renueva las esperanzas de los pueblos del continente sometidos al poderío alemán. En la actitud de Paul Colette, André Labarthe halla un símbolo del espíritu de libertad que anima al pueblo francés. — J. V. DUCATTILLON. O. P. (Texto del sermón pronunciado por el autor en la Iglesia de Saint Vincent de Paul de los franceses en Nueva York, el día 16 de junio de 1940. Constituye un capítulo del libro que aparecerá con el título de *La guerre, cette révolution*). Graves palabras dichas en días de dolor y desastre. Subrayamos las siguientes que expresan un sentimiento compartido por muchos argentinos: "Una cosa, por de pronto, se hace patente en estos tiempos de desgracia, y nos ofrece bastante más que un

mero consuelo sentimental: comprendemos hasta qué punto queríamos a Francia y hasta qué punto era Francia querida". — ROBERT VACHER: *Témoignages sur l'Angleterre en guerre*. — STORM JAMESON: *Le 17ème Congrès International des P. E. N.* Londres, centro cultural de la Europa libre, verdadera capital europea en la hora presente, reunirá el 17º congreso internacional de los P. E. N. Clubs. El autor —inglés— da testimonio de su inmenso agradecimiento a la cultura francesa. — JACQUES MARITAIN: *Message*. Estas valientes y claras palabras son la respuesta a la invitación que el Congreso de los P. E. N. Clubs formuló a Maritain para que enviara un mensaje. El autor habla de la trágica experiencia de Francia. "Por admirable que sea la conducta individual de muchos miembros de la burguesía francesa, ésta (en tanto que clase dirigente) ha perdido su oportunidad última de rehacer su unión con el pueblo, vinculándose al gran movimiento de despertar nacional, que todo anuncia". El pueblo francés no había perdido sus virtudes naturales. "A mi juicio, desde hace mucho quebraron las clases dirigentes de casi todas las naciones hoy postradas. Debemos recurrir al pueblo para encontrar *les données foncières* de la humanidad común; él guarda las reservas de vitalidad y fuerza creadora que el mundo necesita". — DENIS SAURAT: *Victor Hugo devant l'invasion allemande*. Se recuerda la reacción de Victor Hugo contra Alemania cuando Francia pierde, en el año 1871, Alsacia y Lorena. Hoy, su palabra política cobra nuevas resonancias. El autor de este artículo descubre en la obra del gran poeta una especie de profecía de la catástrofe actual. — R. AVORD: *Prestige et illusions du citoyen contre les pouvoirs*. Análisis del sistema político propuesto por Alain. — CHRONIQUE DE FRANCE: *Du gouvernement des no-*

tables au régime policier. — "VERNICHTUNG FRANKREICH'S" (Destrucción de Francia) DEUX CENTS ANS EN ARRIÈRE. — E. M. FRIEDWALD: *Vulnérabilité économique du Japon*.
M. V. P.

THE NEW REPUBLIC, octubre 6, 1941, Estados Unidos.

JULIAN HUXLEY: *The U Powers*. Huxley considera que la entrada de la U. R. S. S. en la guerra debe ser mirada como su incorporación en el mundo de la democracia. Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos deben unirse más sólidamente que nunca. Cree que esto es posible puesto que Rusia toma en consideración al individuo más de lo que se había supuesto. Expresa, al terminar, su fe en que el *United Kingdom*, los *U. S. A.*, y la *U. R. S. S.*, los tres *U Powers*, afianzarán el progreso mundial. — G. D. H. COLE: *British Labor Sees It Through*. — MICHAEL STRAIGHT: *No More Automobiles*. De la necesidad de disminuir la producción de automóviles para intensificar la producción de armamentos. — OTIS FERFUSON: *The Reconstruction of Europe. Talleyrand and the Congress of Vienna*. Breve crítica del libro de G. Ferrero. Cree que las analogías que Ferrero establece entre la Europa de la época de Talleyrand y la actual son sugestivas pero no convincentes, y que su talento como panfletista es más auténtico que como historiador. — MALCOLM COWLEY: *England Under a Glass*. Un examen de la técnica utilizada por Virginia Woolf en su novela *Between the Acts*. Según Cowley, Mrs. Woolf no presenta situaciones concretas sino las sombras que arrojan sobre la conciencia del individuo.

FURIOSO, Verano de 1941, Estados Unidos.

Revista trimestral de poesía publicada y editada por James J. Angleton y E. Reed

Whittemore, Jr. Post Office Box 452, New Haven, Connecticut. Aparte de la sección dedicada a colaboraciones de poetas, existe otra con ensayos críticos. Colaboran I. A. Richards, Duddley Fitts, Archibald McLeish, Wilbur Urban. — ANDRES WANNING: *Neither Cassandra nor Comrade*. Crítica favorable a William Empson —intelectual y poeta de extraordinario talento y sentido de humor— en su libro *The Gatherin Storm*. — THEODORE SPENSER: 50 Poems by E. E. Cummings. “Este libro de poemas confirma que Cummings está a la cabeza de la poesía lírica de este país...” comienza Spenser en un breve ensayo para defender a Cummings, puesto que los críticos americanos no le prestan la atención que se merece. Sostiene que no hay Americano contemporáneo que le iguale en el manejo de metros y en su *technique of surprise*, en la cual las palabras abstractas hacen el papel de concretas. “*May father moved through dooms of love / through sames of am through haves of give*”. — JOHN DRUMMOND: *New Values in History*. Análisis del método seguido por Ezra Pound. — RICHARD EBERHARDT: *The Listening Landscape*. Marya Zaturenska, poetisa de gran lirismo, ha sabido expresar con equidad y control de corte clásico su alegría en una época que la desesperación se exhibe a veces sin pudor. — JOHN CROWE RANSOM: *Lyrics Important*. En los poemas de Richard Eberhardt, el pensamiento furioso y la extrema energía son sus principales características, afirma Ransom. — I. A. RICHARDS: *Yale Bergen Lecture*. Conferencia dada por el Dr. I. A. Richards en Yale. Explica la conveniencia del Basic English, lenguaje de 850 palabras como elemento de análisis e interpretación para el Inglés literario, científico y poético.

THE KENYON REVIEW, Verano de 1941, Estados Unidos.

Revista trimestral, bajo la dirección de John Crowe Ransom, editada por el Kenyon College, Gambier, Ohio. Esta revista publica poesías de autores jóvenes y entre sus colaboradores figuran críticos de la talla de Blackmur, Tate, Van Doren y Delmore Schwartz. — DELMORE SCHWARTZ: *Shenandoah, a Verse Play*. — ELEANOR CLARK: *A Note on the French novel, 1925-1940*. Exposición sumaria de la novela francesa de post-guerra. — ERNEST NAGEL: *Recent Philosophies of Science*. La interpretación filosófica de la ciencia en dos grandes pensadores: Eddington y Whitehead. — AUSTIN WARREN: *Edward Taylor's Poetry*. — LIONEL TRILLING: *Sherwood Anderson*. Del misticismo de Anderson en sus novelas.

THE SATURDAY REVIEW OF LITERATURE, octubre, 1941, Estados Unidos.

Revista literaria semanal, bajo la dirección de Henry S. Canby. Editada por Harrison Smith, 25 W. 45th St., New York City. — ALDOUS HUXLEY: *End - Gaining and Means - Whereby*. Sobre el problema de la educación. — HOWARD MUMFORD JONES: *A Posthumous Novel*. Comentario de la novela póstuma de Virginia Woolf. Considera muchos pasajes brillantes y su técnica excelente, pero critica seriamente su falta de trama y el exceso de torrente de pensamiento que la obscurece muchas veces. — *Letters to the Editors*. Interesantes cartas enviadas al director de la revista contra un artículo de H. M. Jones publicado el 11 de octubre en esta misma revista. Jones criticó el libro *The Intent of the Critic* de Wilson, Foerster, y Ransom, por encontrarlo demasiado académico y fuera de la realidad.

S. K.

ESTE OCTOGÉSIMO SÉPTIMO NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA Y UNO DE DICIEMBRE DE
MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y
UNO EN LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES